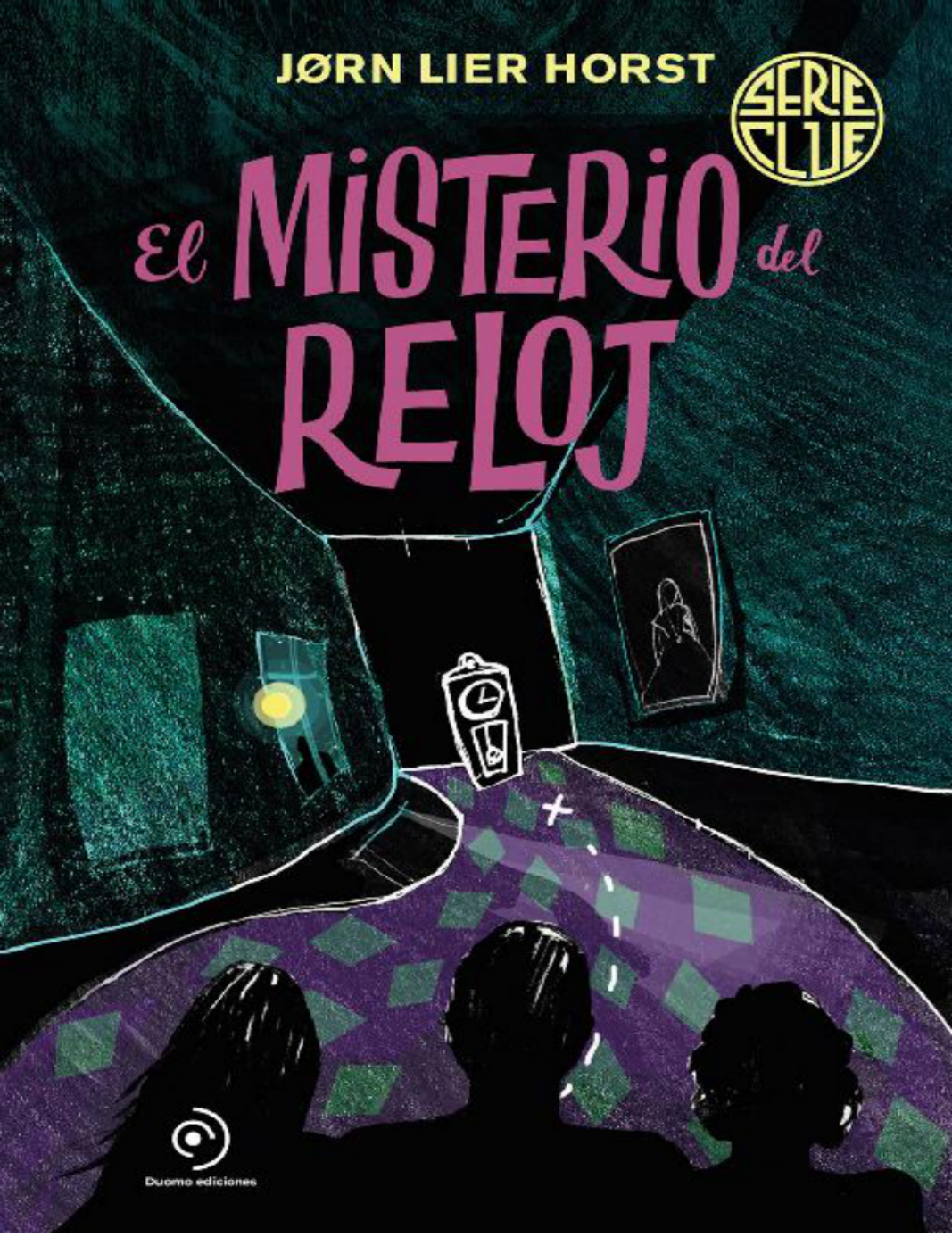
JØRN LIER HORST

SERIE CLUE

El MISTERIO del RELOJ



Duomo ediciones

JØRN LIER HORST

SERIE CLUE

El misterio del reloj

Traducción de
Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano

Duomo ediciones

Índice

Portada
Serie Clue 2 El misterio del reloj
Los protagonistas
1. El visitante nocturno
2. Viejas novedades
3. Dos vestidos rojos
4. El Reloj maltés
5. El fugitivo
6. Doce tañidos
7. Últimas palabras
8. La granja de los Wigander
9. La llave
10. El tiempo pasa
11. Pasatiempo
12. La recompensa
13. Por favor, no molestar
14. La reunión
15. Largo viaje hacia la noche
16. L
17. La Casa de la Playa
18. Un vestido rojo
19. 246/312-3
20. Pared de hormigón
21. La continuación
22. El tiempo se agota
23. Aire fresco
24. La llegada de una nueva huésped
Agustín De Hipona
Jørn Lier Horst
Créditos

LOS PROTAGONISTAS

CECILIA GAATHE vive en la pensión La Perla con su padre, Alan W. Gaathe, el propietario y director del lugar. Su madre, Iselin Gaathe, se ahogó misteriosamente en la Bahía de los Veleros el verano pasado.

LEO BAST acaba de mudarse a la Bahía de los Veleros. Reside en la zona privada de la pensión junto a su madre, Rebekka, que acaba de comenzar como gerente de La Perla. Sus padres están divorciados. Su padre es periodista y vive en Dubái.

UNE FLAKER vive con sus padres y dos hermanos en una vieja casa de marineros al este de la Bahía de los Veleros. Siempre ha vivido allí. Su padre, Widar Flaker, es pescador, mientras que su madre es profesora en el colegio de la ciudad.

EGON es el perro de Une. Se llama Egon porque es muy egocéntrico y testarudo. Es un perro mestizo que le alcanza a uno hasta la rodilla, con el pelaje rizado y marrón. Se dice que es descendiente de un perro policía.

PENSIÓN LA PERLA

La Perla fue construida por el tatarabuelo de Cecilia hace más de cien años. En aquella época, los huéspedes llegaban al puerto de aguas profundas en barcos de vapor o a la ciudad en el ferrocarril y desde allí se desplazaban a caballo y en carro hasta la pensión. Durante la guerra, la propiedad fue confiscada por los alemanes, que la destinaron al alojamiento de oficiales. Más tarde, la pensión tuvo varios propietarios hasta que la madre y el padre de Cecilia la compraron de nuevo, la renovaron y empezaron a recibir huéspedes. Cecilia y su padre viven en la zona privada del primer piso de la pensión. Leo y su madre también viven allí. A una altura considerable, coronando la pensión, se alza la estancia de la torre.

«¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé.
Pero si alguien me lo pregunta, no lo sé.»
Agustín de Hipona, 354-430 d. C.

CAPÍTULO 1
EL VISITANTE NOCTURNO

Un ruido interrumpió el sueño de Cecilia Gaathe.

No sabía qué era lo que había oído, solo que algo la había despertado. En una casa vieja como esa había muchos sonidos. Maderas que crujían, agua en las tuberías, o huéspedes que regresaban tarde a la pensión. Ella se había acostumbrado a todos los ruidos nocturnos, pero lo que ahora la había despertado era otra cosa. Un sonido desconocido.

No sabía qué hora era, lo único que pudo adivinar es que aún era de noche. El estor estaba bajado, pero en cuanto amaneciese podría ver la luz a cada lado de la cortina. Todavía debían quedar unas horas. Ahora todo estaba en penumbra. Tan solo un estrecho hilo de luz que se colaba por debajo de la puerta del pequeño cuarto de baño le permitía ver los muebles de la habitación.

Había tardado mucho en dormirse por culpa de aquella fotografía. La fotografía de su madre, que había desaparecido el verano pasado.

Se la había dado Ebba. Era uno de los huéspedes habituales de verano, y había estado allí cuando su madre desapareció. Cuando regresó este año le había mostrado a Cecilia una fotografía del festival de verano del año pasado. En ella, su madre aparecía exactamente como la recordaba. Guapa y sonriente; pero tan solo unos minutos después de que le hiciesen aquella foto, había desaparecido.

No sabían qué había ocurrido en realidad aquella noche, y la fotografía contribuía a que todo fuese más extraño todavía. Cecilia aún no se lo había dicho a los demás, pero en la imagen su madre llevaba un vestido distinto del que llevaba cuando por fin la encontraron.

De repente, el ruido sonó de nuevo. Provenía del exterior. Un ruido sordo, como si alguien estuviera justo fuera, pisoteando la hierba. Entonces desapareció.

Cecilia permaneció inmóvil e intentó distinguir otros sonidos. A lo lejos ladraba un perro, pero junto a la ventana había silencio.

No le gustaba esa habitación. La 118. Era una estancia normal para huéspedes, pero estaba situada en la parte trasera de la pensión, sin las vistas que todos los huéspedes deseaban. Su verdadero dormitorio se encontraba en la parte privada, donde su padre y ella disponían de un pequeño cuarto de estar, cocina propia y dos dormitorios. Sin

embargo, tras renovar la mayoría de las habitaciones para huéspedes, su padre había comenzado a renovar las suyas. Habían tirado las paredes y el techo, y había botes de pintura por todas partes. Mientras durase la reforma, tenían que dormir en otra parte. A ella le había tocado la habitación 118. Su padre dormía al otro lado del pasillo, en una todavía más pequeña que la suya.

Lo único que le gustaba de la habitación 118 era que tenía una puerta propia que conducía a una pequeña terraza y al jardín trasero. Además, tenía cuarto de baño propio, de manera que cuando se levantaba temprano para ir a la sala de desayunos podía meterse directamente en la ducha y luego ir a trabajar. Este era el motivo por el que no se quedaba en la estancia de la torre, aunque fuese la habitación que más le gustaba de toda la casa. Se alzaba sobre todo lo demás y disponía de ventanas orientadas en todas las direcciones que hacían que se sintiese libre. Era el lugar donde pasaba el rato normalmente cuando no salía. Excepto cuando iba a dormir; entonces se iba a la zona privada o, como ahora, a la estrecha e impersonal habitación número 118.

Tragó saliva, inspiró y contuvo el aliento.

¿Estaba la puerta del patio trasero realmente cerrada?

Intentó hacer memoria, pero no era capaz de concentrarse. Acto seguido, oyó nuevamente un sonido que procedía del exterior. Ahora parecían pasos, seguidos de un ruido similar al de algo arañando la pared.

Sin emitir sonido alguno, se acurrucó debajo del edredón. Todo podía ser fruto de su imaginación, pensó para intentar mantener el miedo a raya. Habían sucedido tantas cosas últimamente. Cosas que la perseguían en sueños. No se trataba solamente de la muerte de su madre, sino de todo lo que había ocurrido después de encontrar aquel hombre muerto en la playa hacía unas semanas. Cuando cerraba los ojos por las noches, todavía podía verlo, rígido y frío, con una salamandra tatuada en su pálido brazo.

El ruido se oyó de nuevo.

Cecilia tensó los músculos de la garganta para tragar saliva, pero tenía la boca demasiado seca como para conseguirlo.

En caso de que hubiese alguien allí fuera en la noche, ¿quién podría ser? ¿y qué querría? Obviamente, podría tratarse de un ladrón, pero le asustaba más otro pensamiento. Podría ser alguien que buscase venganza. El hombre muerto que habían encontrado en la playa, y que ahora constantemente aparecía en sus sueños, no había estado solo, y ella, Leo y Une se habían encargado de que varias personas con el mismo tatuaje fuesen detenidas por la policía.

Otro pensamiento sustituyó al anterior.

Podría tener algo que ver con su madre. Desde que Ebba le dió

aquella fotografía que mostraba a su madre con otro vestido, estaba cada vez más segura de que la muerte de su madre no había sido un accidente, como creía la policía. ¿Por qué se habría marchado sin más del festival de verano el año pasado? ¿Y por qué se había cambiado antes de vestido?

Trató de deshacerse de esos pensamientos. Un animal, pensó en cambio. El sonido podía proceder de un corzo que hubiese salido del bosque de detrás de la pensión y se hubiese detenido allí fuera mientras pastaba. Los había visto en alguna ocasión anterior, cuando se levantaba temprano por la mañana. Llegaban incluso a adentrarse en el pomar.

Cecilia permaneció quieta con la mirada fija en la puerta de la terraza. Antes de acostarse la había abierto de par en par para ventilar la habitación, como solía hacer por las noches. Había dejado entrar la fresca brisa veraniega, como solía decir su madre. Mientras la puerta estaba abierta, había salido a pasear descalza sobre la hierba húmeda de rocío y se había secado los pies en el felpudo antes de volver a entrar. Había cerrado la puerta tras ella pero ¿había girado la llave? Era uno de esos actos cotidianos imposibles de recordar o distinguir de lo hecho el día anterior. Ella solía girar la llave, pero ¿lo había hecho esa noche?

Intentó distinguir otros movimientos, pero no oía nada. Su mirada se desplazó de la puerta al teléfono móvil sobre la mesilla. Estaba apagado, y no se aventuró a extender la mano para encenderlo. Su padre dormía al otro lado del pasillo. Seguramente se despertaría si gritaba lo suficientemente alto, pero no se atrevió a hacerlo, así que permaneció tumbada y siguió aguzando el oído. Lo único que oía era su propia respiración. Pero ¡de repente escuchó algo!

La madera de la terraza crujió.

Su corazón comenzó a latir a un ritmo enloquecido. Se quedó sin fuerzas. Temblaba como si tuviese frío, sudaba como si tuviese fiebre.

Estaba segura. Había alguien ahí fuera. Había alguien junto a la puerta.

Abrió la boca sin ser capaz de emitir ningún sonido.

El tirador de la puerta descendió lentamente.

CAPÍTULO 2
VIEJAS NOVEDADES

La puerta debía haber estado cerrada.

Alguien había presionado el tirador hacia abajo durante varios segundos, antes de que se elevase de nuevo sin ruido.

Cecilia permaneció tumbada vigilando la puerta hasta que la noche se transformó en un amanecer grisáceo. El sueño se apoderó de ella entonces, y cuando sonó el despertador, la luz del sol penetraba a través de las rendijas del estor. Toda aquella luz hizo que la noche pareciese algo lejano, y se preguntó si los sonidos que había escuchado antes de quedarse dormida habían formado parte de sus pesadillas.

Edgar era el único que se levantaba antes que ella, y estaba en la cocina. Ya había hecho café y estaba junto a los fogones friendo beicon y trocitos de salchicha.

Cecilia fue a recoger las fuentes con fiambres a la cámara frigorífica y las llevó a la sala de desayunos. El primer huésped ya se había sentado. Su nombre era Frank Kobolt y llevaba alojado en la pensión cuatro días. Se había acomodado en una mesa al fondo de la sala, hojeando el periódico. A través de la ventana de la puerta de la cocina, ella observó cómo se servía el desayuno. Había algo en él que, aun no sabiendo muy bien qué era, le provocaba una sensación desagradable cada vez que lo veía.

La mayoría de los huéspedes querían una habitación con vistas al mar, pero Frank Kobolt había pedido una estancia orientada en la dirección contraria. Hacia el amplio prado y las montañas de detrás de la pensión. Quizá fuera porque prefería el sol matutino frente a las puestas de sol sobre el mar, pensó. En cualquier caso, se levantaba pronto. Solo eran las siete, y no había bajado ningún huésped más.

Cecilia se tomó su tiempo para estudiarlo. Intuía que era algo más joven que su padre, de unos cuarenta y pocos, aunque tenía los hombros más anchos y era más musculoso. Una abundante cabellera oscura enmarcaba su rostro ancho, con un mentón pronunciado. Tenía los ojos muy juntos, y arrugas en la frente, como si estuviese concentrado en lo que estaba leyendo.

Llevaba un jersey negro de cuello alto, aunque iba a ser un cálido día de verano, unas zapatillas de deporte sucias y un pantalón negro con los bajos manchados de barro. Debía de haberse levantado muy temprano para dar un paseo antes del desayuno.

El hombre alzó la vista del periódico un breve instante, echando un vistazo a su alrededor con una mirada incisiva mientras se acercaba la taza de café a la boca. Cecilia observó, por la manera en que bebía, que había vaciado la taza. Se acercó a él con la cafetera.

Cada mañana se sentaba a la misma mesa, al fondo de la sala, como si no quisiese dar la espalda a los otros huéspedes ni perderse lo que ocurría.

—¿Quiere más café? —preguntó Cecilia alzando la cafetera.

El hombre levantó la mirada y la observó. Sus ojos eran de color gris oscuro. Una cicatriz le recorría el rostro desde la oreja izquierda, descendiendo por la mejilla, y tuvo que concentrarse para mantener la sonrisa.

—Sí, por favor —asintió el hombre, y acercó la taza.

Ella se la llenó y sus miradas se cruzaron de nuevo. Le sorprendió lo pálido que estaba, como si no le hubiese dado el sol en todo el verano.

El hombre se lo agradeció y dejó el periódico a un lado. El papel crujió cuando lo plegó, como si estuviese viejo y reseco.

Se abrió la puerta de la cocina y Edgar entró con una fuente de panecillos recién hechos. El olor a bollería recién horneada permaneció en el ambiente cuando salió de nuevo.

Otro huésped entró en la sala de desayunos. Era el señor Aleksandersen, un viejo relojero. Cecilia sabía a qué se dedicaba porque había prometido a su padre reparar el viejo reloj de la recepción. En algún momento se había detenido marcando las doce y veinticinco.

El anciano sacó un pequeño reloj de bolsillo de su chaleco, lo miró y asintió con gesto satisfecho antes de volver a guardárselo. A continuación, se hizo con uno de los periódicos del expositor, se lo colocó bajo el brazo y procedió a servirse del bufet de desayuno.

Cecilia comprobó su propio reloj. En breve, la sala se llenaría de huéspedes. Encargarse del desayuno era un trabajo de verano estupendo, en realidad. Le gustaba levantarse temprano y, cuando en unas horas recogiese la mesa del último huésped, tendría el resto del día libre.

Se acercó a la mesa del viejo relojero con la tetera. Él sonrió y alzó la taza.

—¿Tendrá tiempo de echar un vistazo al reloj hoy, señor Aleksandersen? —le preguntó para recordarle la promesa que había hecho a su padre.

—¿Cómo?

—El reloj de la recepción —explicó ella sirviéndole té.

—Sí. Bueno, seguro que me da tiempo —respondió alisando el periódico.

Cecilia no había tenido ocasión de echar un vistazo a los periódicos,

pero observó que el que Aleksandersen sujetaba ante sí tenía diferentes titulares que el periódico que Frank Kobolt había estado leyendo al fondo del comedor. Le resultó algo extraño. Se trataba del mismo periódico.

«ATRACADOR A LA FUGA» aparecía en grandes letras en la portada del periódico del relojero. Debajo había una fotografía de un hombre que debía haber sido tomada cuando lo detuvieron. Mostraba su rostro de frente y de perfil. No consiguió descifrar todo el texto, pero leyó algo sobre un aviso de la policía acerca de un preso que se había fugado.

Aquello despertó la curiosidad de Cecilia. Siempre disponían de dos ejemplares de cada periódico en la sala de desayunos, y fue a recoger el otro ejemplar para llevárselo a la cocina y leer sobre el preso fugado. Antes de llegar al expositor, una mujer joven se llevó justo ese periódico a su mesa, y ahora la sala comenzaba a llenarse de huéspedes. En cualquier caso, no le habría dado tiempo a leer la noticia, y se alegraba de que Leo fuese a bajar a ayudarla en breve.

Leo y su madre se habían instalado en la pensión hacía un mes, después de que su madre asumiese el cargo de gerente. En realidad, ese había sido el trabajo de la madre de Cecilia, pero había fallecido. Y su padre necesitaba ayuda. Por lo tanto, Rebekka Bast se había convertido en la nueva gerente de la pensión.

A Cecilia le caía bien Leo. Era divertido y simpático, aunque también podía tomarse las cosas en serio y, de alguna manera, siempre entendía lo que ella pensaba y quería decir. Su padre vivía en Dubái, donde trabajaba como periodista en un canal de noticias árabe. Cecilia no sabía qué aspecto tenía su padre, pero Leo debía haber heredado de él su pelo oscuro y aquella piel que siempre parecía bronceada por el sol. Su madre era rubia y, cuando tomaba el sol, solo se ponía roja.

Frank Kobolt se levantó de su mesa al fondo de la sala. Recogió el periódico y se dirigió hacia la puerta. Cecilia esperó a que se fuera para recoger la mesa y prepararla para nuevos huéspedes.

Cuando pasó por delante de ella, Cecilia echó un vistazo al periódico que llevaba en la mano. El papel lucía rígido y amarillento. «Se esperan más días soleados», rezaba el titular. Era lo típico sobre lo que escribían los periódicos cuando no tenían nada mejor que contar.

El hombre se detuvo delante del frutero junto a Cecilia y dejó el periódico en la encimera mientras escogía una manzana para llevarse. Cecilia pasó un paño sobre la superficie para retirar algunas migas de pan. Echó un nuevo vistazo a la portada del periódico y se quedó helada. El periódico tenía la fecha del miércoles, 28 de julio. Aquel día era martes, 19 de julio. Notó como se le secaba la garganta y le costaba respirar. El periódico tenía casi un año. Era del día en que su

madre había desaparecido.

CAPÍTULO 3
DOS VESTIDOS ROJOS

El tercer y el séptimo peldaño de la escalera que llevaba a la estancia de la torre crujían. Para ahorrarse escuchar aquel irritante sonido, Cecilia siempre subía los peldaños de dos en dos.

La torre se alzaba en lo alto, con vistas en todas las direcciones. Viejas casas de madera con ventanas de pequeños cristales cuadrados y exuberantes jardineras se situaban tras blancas cercas de madera y aromáticos rosales. No había tiendas ni fábricas. El camino que llevaba a la ciudad se retorcía por la ladera, serpenteando a través de granjas y prados salpicados de flores silvestres.

Una pálida línea trazada por un avión era lo único que interrumpía el cielo azul de verano. El sol se reflejaba en el mar, y la estela de un viejo velero pintaba destellos entre las olas.

Abajo en la playa, unos niños construían un castillo en la arena granulosa.

Cecilia atravesó la estancia hasta la ventana del otro lado y echó un vistazo al jardín trasero. Las flores de los viejos manzanos se habían marchitado, y pequeños frutos verdes colgaban de las ramas. Una paloma alzó el vuelo desde el tejado y planeó hacia el lindero del bosque. Todo lucía tranquilo, y resultaba extraño pensar que unos ruidos la habían asustado la noche anterior. Sin embargo, alguien había estado ahí. Había visto moverse el tirador de la puerta, y aunque le había resultado aterrador, ahora, bajo la luz del sol, solo parecía una tontería. Todavía le inquietaba el recuerdo, pero no tenía ganas de contárselo a nadie.

Iba a ser un día caluroso, y abrió una ventana en cada lado de la habitación cuadrada. La corriente de aire hacía que las finas cortinas se agitasen suavemente.

Se quedó quieta delante de la fotografía de su madre que Ebba le había dado.

La había enmarcado y colocado sobre la cómoda. En la pared de detrás del mueble había colgado todos los recortes de prensa del día en que desapareció. La fotografía que había sido publicada en el periódico cuando finalmente la encontraron estaba ya amarillenta y sus bordes se habían curvado. Cecilia deslizó los dedos sobre el papel reseco del periódico. Su madre yacía en una camilla que cuatro hombres alzaban en la orilla. Su cuerpo estaba cubierto con una manta gruesa, pero de un lado de la camilla colgaba parte de un

vestido rojo que iba rozando las rocas.

En la foto enmarcada, una sonrisa se extendía por todo su rostro. Apenas llevaba maquillaje, no lo necesitaba. Su piel ligeramente bronceada lucía tersa, y las cejas oscuras se arqueaban suavemente sobre unos ojos que refulgían azules. El vestido rojo se ceñía a su esbelta figura.

Un cuarto de hora después de ser fotografiada, su madre había desaparecido, y había transcurrido una semana antes de que el Viejo Tim la encontrase en el agua junto a la Punta de las Anguilas.

Lo único que ocurría era que en las fotografías llevaba dos vestidos diferentes. El vestido de la foto de Ebba era rojo del todo, mientras que, en la imagen del periódico, resultaba evidente que el vestido rojo tenía el borde blanco.

La escalera que ascendía desde la biblioteca crujió. Unos instantes más tarde escuchó el arañar de las patitas de Egon. El perro saltó el último peldaño antes de llegar a la estancia de la torre y echó a correr hacia ella con la lengua colgándole de la boca. Detrás de él aparecieron Une y Leo.

Cecilia se arrodilló, inclinó el rostro hacia el hocico húmedo de Egon y le rascó detrás de las orejas. Egon era el perro de Une. Vivían en la vieja casa del práctico junto al puerto de aguas profundas, donde el padre de Une tenía atracado su pesquero. La madre de Une le había contado que el padre de Egon había sido perro policía, pero él parecía un cruce de caniche y labrador. Era pequeño y, aunque su rizado pelo marrón le hacía parecer más grande de lo que verdaderamente era, solo les llegaba hasta las rodillas. En realidad, no se permitía la entrada a los perros en la pensión, pero Egon hacía lo que le daba la gana. Por eso le habían puesto el nombre, porque era algo egocéntrico y testarudo.

—Cuéntale a Une lo del hombre del periódico viejo —le pidió Leo, y se sentó a su lado.

Egon se acercó y se puso a lamerle la cara. Había pocas cosas que recordasen el hecho de que tenía sangre de perro policía, aunque su aspecto engañaba. Lo mismo ocurría con Une. Era alta y dura. Tenía el pelo castaño y rizado, un montón de pecas, y normalmente llevaba una sudadera de algodón desgastada, vaqueros agujereados y zapatillas sucias que le hacían parecer un chico.

—¿De qué periódico viejo estáis hablando? —preguntó mientras se rascaba la parte trasera del muslo.

—Pues eso, nada más —explicó Cecilia, y se levantó de nuevo—. Estaba leyendo un periódico del año pasado mientras desayunaba.

—Del 28 de julio —añadió Leo.

—¿El día que desapareció tu madre? —preguntó Une para que se lo confirmase.

Cecilia asintió.

—Pero es imposible que en el periódico pusiese nada sobre ella —continuó Leo—. Desapareció por la noche, y el periódico salió por la mañana.

Cecilia se giró de nuevo hacia la pared en donde estaban colgados los recortes de prensa.

El nombre de su madre aparecía en algunos de los titulares.

—Hay algo que no os he contado —dijo, y quitó las chinchetas que fijaban a la pared la fotografía del periódico de su madre sobre la camilla—. Observad su vestido —dijo entregando la foto a Leo.

Leo apartó a Egon y cogió el recorte de prensa donde se veía el vestido rojo que colgaba de la camilla, pero no pareció comprender a qué se refería.

Cecilia le entregó la fotografía enmarcada que le había regalado Ebba. Leo la sostuvo y miró de una fotografía a la otra. Entonces abrió los ojos de par en par.

—¡No es el mismo vestido! —exclamó.

Une se inclinó sobre él.

—¡Mira! —explicó y señaló Leo—. En la foto del periódico, el vestido tiene un borde blanco por debajo. En la foto tomada junto antes de que desapareciese no está.

Une cogió las dos fotografías para estudiarlas con sus propios ojos.

—¿Eso qué significa? —preguntó.

Cecilia fue la que respondió. Abrió la boca y dijo en voz alta lo que había estado pensando:

—Debió haber ido a cambiarse durante el festival de verano, antes de desaparecer.

—Pero ¿por qué? —insistió Une—. ¿Por qué cambiarse de un vestido rojo a otro del mismo color?

Nadie podía darle una respuesta.

—¿Sabes dónde está el primer vestido? —quiso saber Leo.

Cecilia negó con la cabeza.

—Toda su ropa sigue en el armario —explicó—. Pero ese vestido no está —añadió haciendo un gesto para señalar en la foto.

—¿Has hablado con tu padre?

—No. A él no le gusta hablar de lo que ocurrió. Además, fue un accidente. La policía lo investigó todo. Cayó al agua y se ahogó.

—No pueden haberlo investigado todo —opinó Leo arrancando la fotografía enmarcada de las manos de Une.

La contempló con la cabeza ladeada.

Cecilia apartó la mirada. A menudo escuchaba que ella y su madre se parecían. Tenían el mismo cabello rubio que les caía por los hombros en ondas suaves y la misma sonrisa que les iluminaba tanto la boca como los ojos.

—¿Te devolvieron su colgante? —preguntó Leo, y colocó el dedo en la fotografía, señalando el cuello de la madre de Cecilia.

Cecilia se mordió el labio inferior y le quitó la fotografía. Ella no había pensado ni se había fijado en el collar de su madre. Estaba muy acostumbrada a verla con él. Siempre lo llevaba puesto. Era un medallón con un ángel y un niño pequeño grabados en la tapa. En el interior había una foto de Cecilia de cuando era pequeña.

—No he visto el medallón desde su desaparición —declaró Cecilia, y volvió a colocar el marco sobre la cómoda.

—¿Tal vez lo llevaba puesto cuando la enterraron? —insinuó Leo con cautela.

—No lo creo —respondió Cecilia—. A mi padre le dieron la alianza, y a mí los pendientes. El medallón ha desaparecido.

—¿Es posible que lo perdiese en el agua?

Cecilia se encogió de hombros. La cadena no era lo suficientemente larga como para que se le hubiese salido, pero las corrientes marinas podrían habérsela arrancado mientras yacía en el agua.

Se giró hacia la ventana y contempló el mar. La muerte de su madre era como las olas de allí abajo, pensó. Como algo que descansaba entre las rocas de la orilla, algo que la marea traía y luego retiraba. Algo imposible de aprehender.

Llevó la mirada a tierra firme. Frank Kobolt, el hombre que había estado leyendo el viejo periódico en la sala de desayunos, se encontraba en el aparcamiento frente a la pensión.

—Ahí está —afirmó.

Los otros se acercaron a la ventana.

—¿Quién?

—Frank Kobolt. El huésped del periódico antiguo —explicó Cecilia señalándolo.

Egon se abrió paso entre ellos y dio un saltito antes de colocar las patas en el alféizar de la ventana y ponerse a olisquear contra el cristal.

Abajo, en el aparcamiento, el hombre abrió el maletero de un coche mientras lanzaba una mirada fugaz a la entrada de la pensión. Levantó algo que apenas se alzó sobre el borde del maletero antes de guardarlo de nuevo. Ocurrió deprisa, sin embargo, a los tres les dio tiempo a ver que lo que llevaba en el maletero era una cámara de fotos. Había tomado una fotografía a alguien que se encontraba delante de la pensión, y que no era consciente de estar siendo fotografiado.

CAPÍTULO 4
EL RELOJ MALTÉS

Estás ahí sentaaado?

Era Arturo el que hablaba. El papagayo verde y amarillo venía incluido con la pensión cuando los padres de Cecilia se hicieron cargo de ella hacía seis años. Por lo visto, hacía más de veinte años, su propietario se había marchado sin él y sin pagar las facturas. Ahora Arturo vivía en una jaula en el porche delantero de la pensión.

Egon pegó un salto y apoyó las patas en la jaula.

—*¿Estás ahí sentaaado*? —parloteaba Arturo.

Egon soltó un breve ladrido.

—*Hola, tesoro. ¿Estás ahí sentaaado, tesoro?* —continuó el papagayo mientras imitaba el sonido de besos con el pico.

Los tres amigos dejaron que Egon y Arturo riñesen mientras echaban un vistazo a su alrededor. Tres mesas estaban ocupadas. Junto a la entrada había un hombre con gafas de sol, el cabello largo y oscuro y una camiseta negra. En la mesa contigua había dos ancianas y, algo más alejado, un hombre de pelo canoso. Frank Kobolt permanecía junto a su coche. Había sacado una bolsa y había cerrado el maletero.

Egon se rindió en la pelea con Arturo y metió la cabeza entre las piernas de Une.

—*Mi tesoro. Mi tesoro* —le gritaba el papagayo.

El hombre de pelo largo se levantó. Las gafas de sol tenían cristales reflectantes. Eran como dos pequeños espejos que impedían verle los ojos. Recogió una botella de Coca-Cola de la mesa, sonrió a los niños y se dirigió a la entrada.

—¡*Hola, tesoro! Hola, tesoro*.

—Hola a ti también —dijo entre risas, e introdujo el dedo entre los barrotes de la jaula del papagayo.

—*Mi tesoro* —replicó Arturo, y ocultó la cabeza bajo un ala.

El hombre se echó a reír de nuevo.

—¿Cómo se llama? —preguntó girándose hacia ellos.

Cecilia se vio reflejada a sí misma en los cristales de las gafas.

—Arturo —respondió ella.

—Es un pájaro muy chulo —comentó él, y se dirigió a la recepción.

Leo lo observó irse.

—Es un tipo chulo.

—Ha olvidado el periódico —dijo Une.

En la mesa que había ocupado el hombre había un periódico. El titular era el mismo que Cecilia había visto en la sala de desayunos: «ATRACADOR A LA FUGA».

Se sentaron a la mesa y Leo alzó el periódico. El hombre al que estaban buscando se llamaba Levi Hildonen. Tenía los ojos pequeños, la cara redonda y el pelo rubio y corto.

«Uno de los dos reclusos que se fugó de la prisión Ullerlia el miércoles 13 de julio estaba bajo custodia tras el atraco a la Joyería Monteoro el verano pasado —leyó Leo en voz alta—. *Hasta este momento, la policía no ha tenido éxito en su búsqueda. A Levi Hildonen, de 37 años, se le considera peligroso y, por consiguiente, la policía ha decidido ponerlo en busca y captura con nombre y fotografía. Estaba previsto que el juicio contra él comenzase a principios del mes siguiente.»*

—¿Joyería Monteoro?

—Creo que recuerdo ese caso —comentó Leo hojeando el periódico para buscar la página dedicada al suceso. *«Monteoro es una de las principales joyerías de Noruega y un reconocido proveedor de relojes y joyas exclusivos. Objetos valorados en más de treinta millones desaparecieron el verano pasado cuando los ladrones forzaron varias puertas de acero y atravesaron un muro de hormigón que llevaba a la cámara acorazada. Solo se recuperó una parte del botín cuando tuvo lugar la detención de Hildonen»*.

—¡Treinta millones! —silbó Une—. Apuesto lo que quieras a que Hildonen se encuentra en algún lugar del Caribe en estos momentos.

«*Los autores del delito se llevaron casi veinte kilos de oro puro, así como varias joyas de gran valor. Entre los objetos robados se halla el llamado Reloj maltés, cuyo valor asciende a cinco millones de coronas*.»

Cecilia se inclinó hacia delante y observó la fotografía del valioso reloj colocado bajo una cúpula de cristal en el periódico.

«*El Reloj maltés está labrado en oro puro e incrustado de piedras preciosas. Fue un regalo de la Orden de Malta para el rey de España*», rezaba la leyenda de la fotografía. «*Iba a formar parte de una exposición sobre las casas reales europeas en el Museo de Historia del Arte de Oslo, y estaba siendo restaurado antes de la exposición*.»

—¿Estáis leyendo cosas sobre el Levi?

Era el Viejo Tim quien preguntaba. Había subido al porche y se había acercado a la mesa sin que se hubiesen percatado. Ahora se apoyaba sobre su bastón mientras miraba por encima de sus hombros.

—¿El Levi? —preguntó Leo.

—Así es como lo llamábamos cuando era pequeño —respondió el Viejo Tim, e hizo un gesto con la cabeza señalando la fotografía del periódico—. Pero ya no es precisamente un niño.

Los tres abrieron los ojos de par en par.

—¿Lo conoces?

El Viejo Tim asintió y se rascó la larga barba gris.

—Fue hace muchos años, y en aquel entonces no se llamaba Levi Hildonen.

Cecilia abrió la boca para replicar, pero finalmente no dijo nada. De repente tenía muchas preguntas, pero no era capaz de organizar sus pensamientos. Echó un vistazo a los demás y se dio cuenta de que ellos sentían tanta curiosidad como ella.

El Viejo Tim carraspeó, retiró una silla y se sentó a la mesa.

—Me temo que no se trató de una relación amistosa —dijo con la voz áspera—. Era un niño extraño y difícil y, cuando se hizo mayor, llegué a tenerle miedo.

CAPÍTULO 5
EL FUGITIVO

Cecilia, Leo y Une se inclinaron sobre la mesa cuando el Viejo Tim comenzó a narrar la historia.

—Levi Hildonen vivió aquí, en la Bahía de los Veleros, antes de que nacieseis ninguno de vosotros —explicó—. Y mucho antes de que tus padres se hiciesen cargo de la pensión —añadió mirando a Cecilia.

—En el periódico pone que tiene 37 años —replicó Leo.

El Viejo Tim asintió, sacó su pipa y abrió la petaca donde guardaba el tabaco.

—Llegó aquí cuando tenía seis años, y a esa edad ya había vivido cosas muy dolorosas.

Aguardaron mientras cargaba la pipa.

—Si mal no recuerdo, su padre estaba en prisión cuando se mudó aquí y su madre no era más que una niña. Tenía 17 años cuando lo tuvo, y simplemente no fue capaz de hacerse cargo de él. El pequeño pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en el piso, abandonado a su suerte. Al final, los servicios de protección infantil le quitaron la custodia y así fue como acabó aquí.

—¿Aquí, en la pensión?

El Viejo Tim se acercó la pipa a la boca y sacó una caja de cerillas del bolsillo de la camisa.

—Margit y Gunnar Wigander lo adoptaron —explicó mientras chupaba la pipa—. Ellos no tenían hijos y deseaban desesperadamente tener un niño ahí arriba, en su granja.

Encendió la pipa y de ella se alzó una nubecilla de humo azul.

—¿Vivía en la granja de los Wigander? —preguntó Une, y echó un vistazo hacia la granja en ruinas.

El Viejo Tim asintió.

—Tuvieron al pequeño Levi de acogida, pero resultó ser todo menos lo que habían deseado.

—¿Y eso?

—Lo que más recuerdo es que siempre estaba enfadado. Se plantaba ahí con los puños cerrados mientras gritaba como un loco si no se salía con la suya. —El Viejo Tim soltó un pesado suspiro—. Pobres Margit y Gunnar. Su hijito había tenido un mal comienzo en la vida desde el principio. Su madre biológica jamás había cuidado de él. No sabía lo que eran el amor, la seguridad y el cariño, y a los de la granja Wigander se les hizo muy complicado. El muchacho quería hacer lo

que le viniera en gana y no aceptaba órdenes de los adultos. En el colegio se convirtió en un incordio. Quería mandar sobre los demás y cuando no se salía con la suya, molestaba a los compañeros. Robaba y daba palizas a los otros niños. Siempre se metía en problemas, y cuando empezó el instituto, la policía acudía cada vez con más frecuencia a su casa.

—¿No tenía amigos?

—Cuando llegó jugaba mucho con Christian Lasson.

—¿El pintor? —preguntó Leo, y lanzó una mirada hacia la Casa de la Playa, donde residía y trabajaba el conocido artista.

El Viejo Tim asintió.

—Christian se crio en la casa vecina, pero entonces ocurrió la tragedia.

—¿La tragedia?

—Sus padres murieron en un accidente de tráfico —explicó Une, que llevaba toda la vida en la Bahía de los Veleros y, aunque no había oído la historia sobre Levi Hildonen, sabía lo que les había ocurrido a los padres del famoso Christian Lasson.

—Fue el primer día de colegio —recordó el Viejo Tim, y se cambió la pipa de lado—. Habían dejado a Christian en el colegio e iban conduciendo hacia la ciudad cuando fueron arrollados por un camión. Christian quedó huérfano, y lo más fatídico fue que, si el accidente hubiese ocurrido medio año antes, Margit y Gunnar podrían haberse hecho cargo de Christian en vez de Levi. Él era la clase de niño que ellos habrían deseado tener, pero entonces su situación era difícil y Christian fue enviado a vivir con unos familiares en otra parte del país.

—Ahora vive aquí —puntualizó Cecilia.

—En efecto —Sonrió el Viejo Tim—. La casa de los Lasson la compraron unos de la capital que la usan como residencia de verano, aunque rara vez vienen por aquí. Christian compró la Casa de la Playa cuando se hizo adulto.

—Has dicho que llegaste a tenerle miedo.

—¿Eh?

Leo señaló la fotografía del periódico.

—Has dicho que llegaste a temer a Levi Hildonen.

—Bueno —contestó el Viejo Tim mientras se llevaba la pipa a la comisura de los labios y la masticaba—. Es cierto que la rabia no se le fue con el tiempo. Acabó peleándose con el viejo Gunnar y lo intentó conmigo también.

—¿Te peleaste con él?

—Conmigo tenía todas las de perder. —El Viejo Tim carraspeó—. En cualquier caso, lo peor fue lo de los animales.

—¿Los animales?

—Sí, nunca llegó a confirmarse que hubiese sido el Levi, pero resultaba fácil echarle las culpas de eso también.

—¿De qué?

—Por aquel entonces había gente viviendo junto al faro —explicó el Viejo Tim, y señaló la Punta de las Anguilas con la pipa—. La niña que vivía allí tenía la edad de Levi e iba al colegio con él, pero el farero no quería que pasasen el tiempo libre juntos. Tina, se llamaba, y tenía una gata llamada Lotte. Un verano, la gata tuvo tres crías y querían regalar un par de ellas. Margit y Gunnar pensaron que sería bueno para Levi cuidar de un animal, pero Tina se negó a entregarle ningún gatito. Una mañana de otoño, todos los gatos aparecieron muertos colgando del manzano de ahí fuera.

Cecilia soltó un jadeo y contempló la fotografía de Levi Hildonen del periódico. Había algo en los ojos oscuros e insondables de aquel fugitivo que resultaba desagradable y aterrador.

—Con el tiempo, pocas personas en la Bahía de los Veleros se atrevían a acercarse a Levi Hildonen, aunque la posibilidad de encontrarse con él iba disminuyendo —continuó el Viejo Tim—. Dejó el colegio a mitad de secundaria. Se tiraba todo el día durmiendo, y se pasaba las noches deambulando por ahí. Una vez lo sorprendí en mi cocina. No solemos cerrar las puertas con llave aquí en la Bahía de los Veleros, por lo que una noche me lo encontré husmeando entre mis cajones.

—¿Qué ocurrió?

—Se enfadó. Me echó la bronca, como si fuese culpa mía. Lo peor es que no creo que fuese la primera vez que se colaba en mi casa por la noche. En aquella época, en ocasiones tenía algunos botellines de cerveza guardados, pero cada vez que quería tomar un trago ya no estaban.

—¿Crees que Levi Hildonen te los robaba?

—En cualquier caso, desaparecían. Y yo no me los tomaba.

—¿Qué más pasó?

—Levi desapareció. Cada vez se le veía menos. A nadie le apetecía hablar de él con Margit y Gunnar, pero oímos que se había marchado a la ciudad.

—¿Y después? —preguntó Leo—. ¿Qué fue de Margit y Gunnar?

—Murieron —explicó Une.

—Es cierto —asintió el Viejo Tim. Se retiró la pipa de la boca y la dejó sobre su regazo—. Gunnar enfermó y quedó postrado en la granja. Margit lo cuidó hasta el último momento. Cuando murió, Levi ni siquiera acudió a su funeral.

—¿Y Margit?

—Continuó viviendo sola en la granja dos años más antes de enfermar y morir también —dijo el Viejo Tim, y se llevó la pipa a la

boca de nuevo—. Hum —continuó alzando el periódico—. Resulta doloroso recordarlo: en la primera celebración del Día Nacional, el 17 de mayo, después de acoger al pequeño Levi, un periodista del periódico local les tomó una foto a él y a Margit. Me lo contó ella con mucho orgullo, pero la fotografía nunca se publicó. Al día siguiente había fotos a todo color de muchos niños, pero su Levi no aparecía. No se usó esa foto. Hoy hay una foto de él en el periódico, pero me alegra que ella ya no esté para verla.

CAPÍTULO 6
DOCE TAÑIDOS

Desde la recepción sonaron doce tañidos. Cecilia sonrió. Hacía un año que no escuchaba ese sonido.

Se levantó y entró en la pensión. Delante del reloj de pie de la recepción estaba Aleksandersen, el viejo relojero que se hospedaba en la habitación 115. Se encontraba contemplando la esfera del reloj con los ojos entornados. Entonces retrocedió un paso, sacó el pequeño reloj de bolsillo de su chaleco y se acercó de nuevo al reloj de pie para actualizar la hora.

El padre de Cecilia entró desde la sala de estar con un montón de manteles blancos entre los brazos.

—¿Era eso el reloj? —preguntó, y se detuvo junto al anciano—. ¿Ha conseguido ponerlo en marcha de nuevo?

—Sí, ahora funciona.

—Muchas gracias. —Sonrió su padre—. Ahora mismo tengo las manos llenas, pero podemos buscar otro momento para saldar cuentas.

—Eso es imposible.

Su padre ya iba de camino hacia la sala de desayunos. Se detuvo, pero no dijo nada.

El señor Aleksandersen guardó su reloj de bolsillo y le sonrió.

—El tiempo siempre avanza —explicó—. Nunca se para. No se puede «encontrar un momento».

—No, pero ¿podemos saldar cuentas luego?

El viejo relojero negó con la cabeza.

—Evidentemente, no le voy a cobrar nada. Es un placer poder serle de utilidad.

—Bueno, pues muchísimas gracias —asintió su padre, y continuó caminando.

Une y Leo también habían entrado en la recepción.

—Ya era hora —comentó Une—. Llevaba un año sin funcionar.

El relojero volvió a sacar su reloj de bolsillo.

—Las horas, ¿qué son? —murmuró, y alzó la mirada hacia la esfera para comprobar que marchaba correctamente.

Leo sacó el iPhone del bolsillo.

—Ahora son las 12:04 —respondió.

—Esa es la hora —asintió el relojero girándose hacia ellos —. ¿Pero qué es el tiempo en sí?

Leo se encogió de hombros.

—¿Algo que mides con un reloj?

El relojero sonrió.

—Eso fue precisamente lo que dijo también Albert Einstein, pero la realidad es que el tiempo es una de las pocas cosas cuya naturaleza nadie ha conseguido explicar. Y lo extraño es que, no obstante, todos sabemos lo que es. Y nos rodea todo el rato, al igual que el agua rodea a un pez, pero al mismo tiempo, es tan difícil de atrapar como un arco iris.

Cecilia había pensado en cómo a veces tenía la sensación de que el tiempo pasaba muy rápido y otras veces lentamente, pero jamás había reflexionado sobre lo que era el tiempo en realidad.

—En cualquier caso —continuó el relojero—, debes aprovechar bien el tiempo, tienes tiempo de sobra para ello. Dispones de muchísimo tiempo. No se agota. ¡El tiempo es tuyo!

En la esfera del reloj, la aguja más larga avanzó un minuto con un chasquido.

—¿Qué le pasaba al reloj? —preguntó Cecilia.

—Nada —respondió Aleksandersen—. Este reloj es una obra maestra. Ya no se fabrican relojes como este.

—Pero no iba, ¿no?

—No es de extrañar. Alguien había introducido un libro en el tren de engranajes.

El relojero abrió la puerta donde el péndulo oscilaba de un lado a otro, y señaló hacía arriba, detrás del mecanismo del reloj.

—Un lugar muy extraño para ocultarlo. Debe haberse tratado de alguien que tenía prisa y necesitaba un escondite. Podría haber cabido sin que el reloj se parase, pero se había atascado entre los engranajes.

—¿Por qué escondería alguien un libro? —preguntó Leo.

—Es un diario —explicó el relojero señalando hacia el mostrador de la recepción—. Lo he dejado ahí. No hay mucho escrito, pero parecía privado.

Cecilia se acercó a la recepción.

—¿De quién es? —preguntó Leo.

—No lo sé —respondió Aleksandersen—. No lo he leído, solo lo hojeé un poco. Pero no vi ningún nombre.

Había dejado el diario en la parte interior del mostrador. Cecilia lo cogió. No era más grande que el iPhone de Leo. Estaba encuadernado en piel negra y disponía de un pequeño bolsillo en el lateral donde cabía un lápiz.

Cecilia sabía de quién era. Había visto ese diario antes. En las manos de su madre.

Pasó las páginas con cuidado y reconoció la letra redondeada. Era el diario de su madre.

CAPÍTULO 7
ÚLTIMAS PALABRAS

Las olas rodaban con calma hacia la orilla, retirándose y volviendo a avanzar tierra adentro. Cecilia estaba sentada a la sombra del porche delante de la pensión. El diario de su madre descansaba sobre su regazo.

Leo y Une se bañaban en la playa con Egon. Algunas gaviotas volaban en amplios y perezosos círculos sobre sus cabezas. Ni siquiera habían preguntado a Cecilia si quería acompañarlos, habían entendido que quería estar a solas con el diario.

Cecilia sabía que su madre siempre anotaba sus pensamientos. Siempre tenía el librito negro cerca y, cuando llenaba todas sus hojas, comenzaba uno nuevo. No los llamaba diarios, sino cuadernos de notas. Después de que falleciese, Cecilia y su padre habían encontrado un cajón lleno de ellos. En general, contenían palabras clave sobre cosas que debía recordar hacer o comprar, y cuando estaba hecho, las tachaba. O bien podía escribir algunas frases sobre el tiempo que hacía. De vez en cuando aparecían un par de versos de canciones que había escuchado o alguna frase bonita de un libro que había leído. O podían ser pequeños y sencillos bocetos. No escribía todos los días, pero eran diarios, y los días en que escribía algo anotaba la fecha en la esquina superior derecha.

En la recepción, Cecilia había dejado que sus dedos se deslizasen entre las páginas del cuaderno mientras captaba algunas palabras aleatorias. Había visto su propio nombre en varios sitios. Las fechas que aparecían cada dos páginas indicaban que el diario era del verano pasado. El verano en que murió su madre.

Los diarios guardados en el cajón de su despacho no contenían ningún secreto. Tal vez había cosas que le daba vergüenza que alguien leyese, pero tampoco se trataba de secretos. Su madre solía llevarlos en el bolso, pero tras escribir algo, normalmente los dejaba sobre el escritorio, detrás del mostrador de la recepción o en la mesa del salón de la zona privada.

Cecilia tentó el cuaderno en la mano. Esta vez su madre lo había escondido, como si tuviera prisa o algo así, y por eso lo había escondido corriendo.

Una suave brisa veraniega la acariciaba cuando abrió el diario.

Empezó a leer por el final y hojeó las páginas en blanco hasta llegar a la última entrada que había escrito su madre. La fecha que aparecía

en la esquina derecha era el 28 de julio. Ese era el día que su madre había desaparecido.

Temprano por la mañana, era lo primero que había escrito. *El cielo etá compleamente encarnado. Será un día bonito.*

Cecilia cerró los ojos sin saber si tenía ganas de seguir leyendo, pero decidió hacerlo y pasó las páginas hasta el principio del diario.

Comenzaba en mayo. Las primeras líneas le trajeron buenos recuerdos. Su madre escribía sobre una escapada que habían hecho ella y Cecilia a la ciudad, para comprar ropa nueva para la fiesta nacional. Hablaba de lo bien que lo habían pasado en una cafetería, y sobre qué agradable había sido que las dos pasasen el día juntas.

Las siguientes páginas eran menos personales. Trataban sobre las reformas en la pensión y las reservas que comenzaban a acumularse antes del verano. Escribía sobre lo bien que lo hacía su padre, sobre la contabilidad y la economía, y además hablaba del tiempo y el paisaje.

El jueves, 1 de julio aparecía una línea que Cecilia tuvo que leer dos veces.

L me ha heho una propueta maravillosa.

No ponía nada más. Ni quién era L, ni en qué consistía la propuesta. El resto del día había discutido con un carpintero que le había enviado una factura con una cantidad mayor de la acordada y, por la noche, había dado un paseo hasta el faro en la Punta de las Anguilas.

Dos días después: *L apareió en la pensión. Lo deía en serio.*

En las siguientes entradas, su madre escribía sobre los escaramujos que estaban en flor, y que crecían en gran cantidad detrás del montículo que se alzaba sobre la playa.

Cecilia dejó caer el cuaderno sobre su regazo y contempló el mar fijamente. El mástil de un velero se erguía trazando su silueta contra el cielo azul.

¿Quién era L? ¿Por qué su madre no empleaba su nombre completo, como hacía cuando hablaba de Cecilia y de su padre, Alan, o de Edgar, el cocinero, y el Viejo Tim, que a veces la ayudaba?

Siguió leyendo con la esperanza de que las próximas páginas contuviesen la respuesta.

Su madre escribía sobre una noche en la que habían hecho una barbacoa, sobre lo que habían cocinado, el sabor de la comida y sobre una canción que sonaba en la radio.

Al día siguiente: *He deidido hacerlo. Tengo ganas de volver a ver a L.*

Viernes, 9 de julio: *Estuve con L por primera vez. Nadie me ha visto entrar o salir. Qué emocionante.*

Con L. ¿Podía tratarse de uno de los huéspedes? ¿Habría subido su

madre a su habitación?

Domingo, 11 de julio: *Pasé tre horas con L. Es importante que Alan no se entere de nada. Todavía no.*

Cecilia se mordisqueó el labio inferior. Las palabras que leía hacían que se le revolviese la tripa. Su madre había tenido secretos para ellos.

Los encuentros con L se volvían más frecuentes. En algunos sitios solo aparecía una L, sin ningún comentario; en otros, su madre describía cómo esperaba con ansia su próximo encuentro y que esto le daba energía y fuerza.

Lunes, 26 de julio: *No creo que Alan sospehe nada, pero pronto sabrá lo que he etado haciendo.*

—¿No vas a bañarte?

Cecilia alzó la mirada. Era su padre quien se lo preguntaba. Estaba preparando el cortacésped para cortar la hierba de delante del porche.

—Quizá después —respondió, y escondió el cuaderno de su madre entre las manos.

—¿Ocurre algo?

—No, solo estoy descansando un poco.

—¿Has dormido mal?

—Sí —admitió Cecilia, pensando en el ruido que la había mantenido despierta.

—Solo quedan un par de días para que tu habitación esté lista.

—Creo que prefiero dormir en la estancia de la torre esta noche.

—De acuerdo. ¿Tú sola?

—A lo mejor Une puede quedarse a dormir.

—De acuerdo —asintió su padre, y tiró del cable de arranque del cortacésped.

Cecilia lo contempló mientras empujaba la máquina de un lado a otro. Entonces dobló la esquina de la pensión y el sonido del motor se alejó.

Cecilia volvió a abrir el diario. Había llegado a la última entrada. El último día en la vida de su madre. Un día que había empezado con un cielo encarnado.

Ha comenzado el fetival del verano, escribió su madre. *He etado con Ebba Blankenborg. Cuenta unas historias maravillosas de cuando vivía en París.*

Cecilia asintió en señal de unanimidad. Ebba Blankenborg era uno de los huéspedes habituales de verano. Este verano también se alojaba en la pensión. Era ella quien había tomado la fotografía de su madre en la fiesta de verano del año pasado, donde llevaba otro vestido diferente al que tenía puesto cuando la encontraron muerta.

Solo quedaban tres frases más en el diario. Tres frases que llenaron

a Cecilia de asombro.

Tengo que cambiarme ante de encontrarme con L. Quizá sea la última vez. Eso espero.

CAPÍTULO 8
LA GRANJA DE LOS WIGANDER

El sol brillaba en lo alto del cielo. Unas pocas nubes se dejaban llevar por la brisa, que evitaba que el calor resultase abrasador.

Cecilia cerró el diario, lo dejó sobre el regazo y lo ocultó con las manos. Entornó los ojos hacia la fina línea gris que separaba el mar del cielo frente a ella. Unas risas y gritos la arrancaron de sus pensamientos. Une y Leo se habían subido con Egon al muelle flotante y ahora se bamboleaban de un lado a otro. Egon soltó un ladrido antes de tomar impulso y saltar al agua. Une y Leo lo siguieron y nadaron junto a él hasta la playa de arena blanca. Ya en la orilla, Egon se sacudió salpicando a su alrededor y corrió hacia la pensión. Leo y Une recogieron las toallas y fueron tras él.

—Hace muchísimo calor —declaró Leo, y se colocó la toalla sobre los hombros—. Tienes que bañarte con nosotros más tarde.

Cecilia asintió. No quería contarles lo que había leído. Al menos, aún no. Sus dos amigos parecieron entenderlo y ninguno preguntó por el diario.

—Habíamos pensado subir a la granja de los Wigander —dijo Une —. Solo para echar un vistazo. ¿Vienes?

Cecilia se dio la vuelta y miró de soslayo hacia la casa abandonada en la pendiente detrás de la pensión, que se ubicaba rodeada de altos fresnos que se alzaban en todas las direcciones. El sol iluminaba una caseta con tejado de acero, pero el lugar desprendía una atmósfera oscura y tenebrosa que hacía que no resultase muy tentador hacerle una visita.

—De acuerdo —dijo Cecilia de todas formas—. Solo voy a pasar por la habitación un momento.

—Nos cambiaremos mientras tanto.

Cecilia abrió con llave la habitación 118 y echó un vistazo a la puerta que llevaba al jardín trasero. Más tarde tenía pensado recoger sus cosas y mudarse a la estancia de la torre.

Abrió el pequeño cajón del escritorio, apartó unas revistas y escondió debajo el diario de su madre. Antes de salir, se aseguró de que la puerta trasera estuviese cerrada.

Une y Leo la estaban esperando fuera de la pensión. Subieron hasta la granja de los Wigander con las bicicletas. Egon corría tras ellos con la lengua fuera. El camino de tierra que recorría el último tramo estaba lleno de baches, y fueron levantando una nube de polvo a su

paso.

La vivienda era blanca, todavía de una claridad resplandeciente bajo el sol, a pesar de que la pintura había comenzado a perder lustre y desconcharse. Lo que alguna vez fue un jardín ahora estaba cubierto de malas hierbas y maleza. En medio del patio, las ortigas se alzaban en torno a una vieja trilladora oxidada. Las vides silvestres habían ido trepando por las paredes y habían empezado a cubrir las ventanas agrietadas.

Las tierras de alrededor habían sido campos de cultivo en su día, pero ahora iban siendo conquistadas poco a poco por la naturaleza salvaje. El enorme granero era una edificación alta y destartalada en la que no quedaba ningún ángulo recto.

Una bandada de cornejas despegó de uno de los árboles cercanos y les graznó cuando aparcaron las bicicletas. Delante de la casa había un tendedero vacío. Leo agarró uno de los postes para darle un empujón. El tendedero giró dando media vuelta con un chirrido oxidado.

Egon buscó refugio junto a Une y gruñó quedamente.

—¿Qué estamos haciendo aquí realmente? —preguntó Cecilia.

—Aquí es donde vivió —respondió Leo—. Levi Hildonen. Quizá se haya escondido por la zona ahora.

—Ay, no digas esas cosas.

Una ráfaga de viento levantó un susurro entre las hojas de un árbol.

—¿Entramos? —propuso Leo.

—No creo que resulte tan fácil —opinó Une mientras señalaba la puerta de entrada, que estaba tapiada.

Cecilia dio un paso hacia una de las ventanas sucias y colocó las manos sobre el cristal. El alféizar estaba lleno de telarañas y moscas muertas que yacían con las patitas hacia arriba. Las cortinas descoloridas estaban cerradas, pero a través de una rendija logró vislumbrar un banco y una mesa de cocina en la oscuridad del interior.

—Rodeemos la casa —dijo Leo—. A lo mejor hay alguna manera de entrar por detrás.

—Todo esto tiene que ser de alguien —protestó Cecilia.

—De ser así, se trataría de Levi Hildonen —comentó Une—. No creo que le importe.

En la parte trasera de la casa había montones de chatarra y trastos viejos. Viejos neumáticos de bicicleta, partes de coches, botellas con etiquetas despegadas, tablones de madera, ladrillos y trozos de hormigón. Había una vieja estufa oxidada con un enorme agujero en el lateral apoyada contra un muro.

—Imaginad lo bonito que podría haber sido este lugar —dijo Une.

Sobre un área empedrada junto a la pared de la casa había una mesa redonda cubierta de excrementos de pájaro y dos sillas de jardín

oxidadas. Un gran rosal trepaba ante la ventana del salón. Alguien había tapiado la puerta de la terraza clavando dos tablones. Detrás de ella podían vislumbrarse un par de gruesas cortinas marrones.

—A lo mejor podemos entrar por aquí —dijo Leo mientras tanteaba con el pie una trampilla que conducía al sótano.

Une y Cecilia se acercaron a él. Egon se abrió camino entre sus piernas. La hierba crecía alta alrededor de la trampilla agrietada.

—¿Por qué íbamos a entrar?

Leo se las quedó mirando, como si fuese la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Por qué no? —preguntó, y agarró el tirador de la puerta y tiró. Las bisagras chirriaron cuando la trampilla se abrió hacia el lado. Un olor a podredumbre y moho ascendió desde el interior.

Cecilia tuvo que reconocer que ella también sentía curiosidad por explorar aquella casa vieja.

—Es raro que la trampilla esté abierta cuando todas las demás entradas están tapiadas —comentó Leo extrañado.

Une se agachó para echar un vistazo al interior.

—No veo nada —dijo—. Deberíamos haber traído una linterna.

—Ten —dijo Leo sacando su iPhone del bolsillo.

Tras pulsar la pantalla un par de veces, el *flash* de la cámara se iluminó con fuerza y él fue el primero en bajar las escaleras. Cecilia fue tras él. Une permaneció arriba con Egon.

—No quiere bajar —dijo ella.

—Cógelo en brazos —propuso Leo.

Une agarró a Egon y lo levantó.

—Aquí hay algo —dijo, dejando al perro en el suelo de nuevo.

Los demás subieron hasta donde estaba ella. Une recogió un candado oxidado de la hierba.

—Probablemente aseguraba la trampilla —dijo—. Alguien lo ha forzado.

Leo le quitó el candado de las manos y deslizó los dedos sobre unos arañazos recientes en el acero aherrumbrado.

—¿Lo dejamos estar? —propuso Cecilia mientras observaba la habitación oscura que se abría tras ellos.

Permanecieron quietos aguzando el oído. El murmullo de las olas los alcanzaba desde la playa, pero por lo demás no se oía nada: ningún movimiento, ninguna voz.

—Echemos un vistazo —decidió Leo, y volvió a descender por la escalera el primero.

Los demás lo siguieron. Esta vez Egon también bajó. La luz que penetraba desde la parte superior de la escalera proyectó sus sombras sobre los peldaños, pero la oscuridad del sótano pronto los envolvió y Leo tuvo que volver a encender la linterna del iPhone.

La escalera desembocaba en una estancia de techos bajos y paredes de ladrillo encaladas, ahora cubiertas de manchas negras de moho. En una mesa había botes de mermelada, latas de conserva y botellas con etiquetas escritas a mano.

Nadie dijo nada. Un gélido silencio se desprendía de las paredes y se extendía por la habitación como una niebla invisible.

—Esto es bastante desagradable, ¿no? —preguntó Leo en voz baja. Su voz sonaba extrañamente hueca en el angosto cuarto.

—Aquí no hay nada —opinó Cecilia—. Vámonos.

—Ahí hay una escalerilla —dijo Une, adentrándose unos pasos.

Leo la iluminó con la linterna del iPhone. Junto a una pared había unos peldaños sujetos a dos postes que se erguían hasta el techo.

—Es otra trampilla —dijo Une, y se subió al primer peldaño.

En los tablones del techo, sobre ella, se distinguían un par bisagras y una silueta cuadrada.

—¿Está abierta?

Une ascendió algunos peldaños más y empujó con la palma de la mano la trampilla, que se abrió lentamente.

—¿Puede uno de vosotros coger a Egon? —preguntó mientras seguía trepando.

Leo alzó al perro y lo sostuvo contra su pecho con una mano. Une había subido del todo y lo izó a través de la trampilla. Cecilia esperó a que Leo estuviese arriba antes de subir.

La trampilla se abría en la cocina que Cecilia había vislumbrado desde fuera a través de una ventana. Las puertas de los armarios estaban abiertas, con los estantes vacíos. Se había separado un viejo horno y un frigorífico de la pared. En la encimera había una taza solitaria sin lavar. En el fregadero había un plato roto.

Continuaron hacia el salón sin decir nada. Leo abrió las cortinas y permitió que la luz del día entrase, iluminando el rugoso suelo de madera. El papel pintado de flores estaba descolorido, con rectángulos más claros donde antaño habían colgado cuadros. Las agujas de un viejo reloj de pared se habían detenido. En la mesa de comedor había colocadas cuatro sillas del revés. Las estanterías no tenían libros. En mitad de la habitación había un sofá con algunas mantas y una mesilla redonda. Todo estaba cubierto de polvo, como si fuese lo único que no se había detenido en el tiempo.

Egon presionó el hocico contra el suelo y resopló por el polvo. A continuación, se desplazó con pasos lentos por el pasillo y atravesó una puerta que se abría a mano izquierda. Cecilia y Une fueron tras él. Era el cuarto de baño. Contenía un lavabo de porcelana amarillento, el váter, una bañera y un armario botiquín vacío con el espejo roto.

Egon se giró sobre los azulejos grises y salió de nuevo al pasillo. Meneó el rabo alegremente de un lado a otro antes de detenerlo,

tensarlo, y sentarse delante de una puerta cerrada.

Las dos chicas se miraron antes de que Une colocase la mano en el tirador para abrirla. Permanecieron en el pasillo mientras Egon se adentraba en la habitación.

El cuarto estaba pintado de color azul marino.

Junto a una pared había una cama con un colchón sin funda. Delante de la ventana se situaba un escritorio, y en la pared colgaban carteles de diferentes bandas de rock. Motörhead, Nirvana y Metallica.

—Tiene que haber sido su habitación —dijo Une, y entró.

Cecilia la siguió. Se acercó al escritorio y descorrió las cortinas. Desde la ventana se veía la pensión, más abajo.

Egon soltó un breve ladrido. Cecilia se estremeció. El perrito se había sentado delante de la puerta entreabierta de un armario. Un guante negro asomaba a través de la rendija. Egon ladró de nuevo y recogió el guante con la boca.

—Suéltalo —dijo Une con severidad.

Tiró del guante para sacárselo de la boca y lo dejó sobre la cama.

—¡Chicas! —voceó Leo desde el salón—. Venid a ver esto.

Cecilia cerró la puerta del armario y salió tras Une. Leo estaba delante del sofá con una nota en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Estaba en el suelo —dijo él señalando tres botellines de cerveza vacíos.

—¿Qué es? —repitió Cecilia.

—Un billete de autobús —respondió Leo, y se lo mostró—. Con fecha del 14 de julio. Eso fue hace cinco días.

Une le quitó el billete de las manos.

—El día después de que Levi Hildonen se fugase de la prisión —dijo con voz temblorosa.

El polvo danzaba en las débiles franjas de luz que penetraban a través de la ventana del salón. Entre todo aquel abandono descubrieron huellas que indicaban que alguien había estado en el lugar hacía poco. Una bolsa de plástico del supermercado se ocultaba parcialmente bajo el sofá. En la mesa había un paquete de cacahuetes vacío y el corazón de una manzana. Entre las mantas del sofá hallaron una revista.

Cecilia notó que el corazón comenzó a latirle con más fuerza. Aquella sensación desagradable que había tenido la noche anterior, cuando creyó que había alguien fuera de su habitación, regresó a hurtadillas y se extendió como un jarro de agua fría por todo su cuerpo.

—Nos vamos —dijo Leo en voz baja, y se encaminó hacia la cocina.

—Espera —susurró Cecilia.

El ritmo de su corazón había aumentado, pero la ayudaba a pensar

con claridad. Se acercó a la ventana y corrió las cortinas de nuevo; después, siguió a los demás a la cocina. Une ya estaba descendiendo por la escalerilla y recibió a Egon.

En alguna parte de la casa rechinó una puerta o algo similar.

—Date prisa —suplicó Cecilia, y lanzó una mirada en dirección al salón.

—Sí, voy.

Leo gesticuló con las manos para que ella bajase antes que él, y cerró la trampilla tras de sí. Atravesaron a tientas el sótano oscuro hasta la luz que se colaba desde la parte superior de la escalera del sótano. Une fue la primera en salir. Sostuvo la trampilla exterior y la cerró sellando la entrada tras ellos. Luego echaron a correr hacia el otro lado de la casa y se lanzaron sobre las bicicletas.

Cecilia respiró aliviada, pero no consiguió deshacerse de aquella sensación desagradable que le recorría la espalda. Echó un vistazo por encima del hombro. El silencio que se cernía sobre la granja de los Wigander, ahora tras ellos, resultaba casi amenazador.

CAPÍTULO 9
LA LLAVE

Era una noche de verano cálida. Las ventanas de la torre estaban abiertas de par en par, y se podían oír voces lejanas y retazos intermitentes de música.

Une cogió los prismáticos y observó la granja de los Wigander, que yacía oculta entre las sombras de los árboles que la rodeaban.

—¿Creéis que es él quien ha estado allí? —preguntó.

—¿Quién si no?

Cecilia estaba sentada con el periódico y la fotografía de Levi Hildonen ante sí.

—¿Deberíamos avisar a alguien? —preguntó—. La policía lo está buscando. Podría andar por aquí todavía.

Une bajó los prismáticos.

—A mi padre le va a dar algo si se entera de que hemos entrado en la casa de los Wigander.

—Podemos decir que encontramos el billete de autobús fuera.

—Entonces solo se reirán de nosotros —opinó Leo, y le quitó los prismáticos a Une—. No es más que un billete de autobús. Para eso es mejor que montemos guardia y vigilemos a ver si lo vemos.

Ninguno tuvo tiempo de comentar la propuesta de Leo antes de que este gritase:

—¡Allí!

Se apartó los prismáticos de los ojos y los entornó antes de volver a alzarlos.

—Hay alguien en la granja —dijo—. He visto algo al lado del granero.

Cecilia encontró otros prismáticos, algo más pequeños, y echó un vistazo a la granja de los Wigander. El crepúsculo comenzaba a cernirse alrededor de las casas. Dejó vagar la mirada sin ver nada, pero de repente se quedó paralizada. Una sombra, a la izquierda del edificio torcido del granero. Había algo que se movía.

Apretó los prismáticos con fuerza contra sus ojos y aguardó. Entonces Leo se echó a reír.

—Es un corzo —dijo finalmente, y entregó los prismáticos a Une.

Cecilia también se rio. El animal se había asomado desde detrás del pajar y tenía la cabeza alzada y las orejas de punta. Entonces dio algunos pasos más, dobló su largo cuello y comenzó a mordisquear la hierba.

—Qué bonito es —comentó Une.

Cecilia dejó a un lado los prismáticos.

—Creo que alguien intentó entrar en mi cuarto anoche —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Oí algo fuera. Puede que se tratase de un corzo, pero me pareció que el tirador de la puerta se movía. Como si alguien quisiera comprobar si estaba cerrada.

Une la miró.

—Espero que estuviese cerrada con llave. Imagínate que hubiese sido Levi Hildonen.

—Ay, no digas esas cosas. —Cecilia sacudió los hombros como si tuviese frío—. ¿Qué podría querer hacer en mi habitación?

—No lo sé, pero recordad lo que nos contó el Viejo Tim. Que deambulaba por ahí por las noches y se colaba en las casas de la gente.

Cecilia volvió a coger los prismáticos. El corzo alzó la cabeza y miró en su dirección con unos enormes ojos marrones. Luego, dio un salto y echó a correr entre los árboles, como si de repente algo lo hubiese asustado.

—Está claro que no voy a volver a dormir ahí abajo —dijo Cecilia con determinación—. Voy a pasar las noches aquí arriba hasta que papá termine mi nuevo cuarto.

—¿A lo mejor me puedo quedar a dormir yo también? —propuso Une.

Cecilia asintió.

—Sí. Eso estaría muy bien.

—¿Me ayudas a subir mis cosas de la 118?

—Os acompaño —dijo Leo dirigiéndose a la escalera.

De camino a la habitación 118 pasaron por la cocina y recogieron una bolsa de plástico negra para meter la ropa de cama.

—¿Lo has hablado con tu padre? —preguntó Une cuando entraron en la habitación.

—Sí, le ha parecido bien que duerma en la estancia de la torre, y le he dicho que te quedabas a dormir —le aseguró Cecilia—. Así tiene otra habitación libre.

Encargaron a Leo que recogiese el escritorio y vaciase los cajones, mientras Cecilia se ocupaba del armario y Une de la cama. Tardaron poco, pero Leo tuvo problemas para abrir del todo el cajón superior. Tiró del asidero, pero el cajón estaba atascado. No se podía ni abrir ni cerrar. Sacó el cajón de debajo e intentó empujar y desencajar el cajón atascado, pero no sirvió de nada.

Era el cajón donde Cecilia había dejado el diario de su madre. Debía haberse trabado con los artículos de aseo.

—Espera —le pidió Cecilia, pero era demasiado tarde.

Leo apretó los dientes y tiró fuertemente del cajón, que cedió y fue arrancado del escritorio. Al mismo tiempo, se extendió un aroma floral por toda la habitación.

Leo quedó sentado en el suelo con el cajón entre las piernas y manchas húmedas de colonia en la camiseta.

Egon acercó el hocico y lo olisqueó un poco, pero se retiró entre gañidos.

—Lo siento —tartamudeó Leo—. Estaba atascado.

Cecilia no pudo hacer otra cosa que reír, pero se apresuró a recoger el diario de entre el contenido del cajón. También le habían caído algunas gotas de colonia, pero por lo demás estaba intacto.

—Hay algo ahí dentro —dijo Leo, y señaló el hueco del cajón—. Como si hubiese algo pegado debajo del escritorio.

Se puso de rodillas y gateó hasta el espacio abierto bajo el escritorio.

—Una llave —constató, e introdujo la mano—. Está pegada con celo al tablero —añadió, y arrancó el trozo de cinta adhesiva que la había sujetado. Junto a la llave había un folio.

—¿Es tuya? —preguntó Une girándose hacia Cecilia.

—No la he visto en mi vida —respondió ella, y cogió la llave. En el acero reluciente ponía yale en letras mayúsculas.

Leo desplegó el folio. El papel estaba muy rígido. Tenía los bordes amarillentos, se había cuarteado en varios de los pliegues y debía ser mucho más antiguo que la llave.

Se levantó y lo extendió sobre el escritorio. Era una especie de plano de un edificio con largos pasillos y habitaciones con ángulos y formas inusuales. La tinta lucía vieja y amarronada, pero en una de las habitaciones más pequeñas se había dibujado una cruz con un bolígrafo rojo.

—¿Qué es? —preguntó Une, pero no obtuvo respuesta.

Lo único que aparecía escrito era un número en la esquina inferior derecha: 246/312-3.

—Vaya dibujo más extraño —comentó Cecilia deslizando un dedo a lo largo de las líneas del plano—. En cualquier caso, no es de aquí, de la pensión.

—¿Quién podría haberlo escondido ahí?

—Es difícil decirlo. Puede que lleve años debajo del cajón sin que nadie lo haya descubierto.

Leo se inclinó hacia delante para estudiarlo con más detenimiento.

—Es un plano realmente antiguo —constató, y colocó el dedo sobre la cruz roja—. Pero esta marca parece nueva. La llave también parece bastante moderna.

Volvió a plegar el plano con cuidado.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo.

—¿El qué?
—Averiguar lo que significa la cruz.

CAPÍTULO 10
EL TIEMPO PASA

Frank Kobolt, el extraño huésped que había estado hojeando un periódico antiguo, también fue el primero en bajar a desayunar al día siguiente. Se sentó a la misma mesa, al fondo de la sala, pero sin periódico.

Las otras mesas fueron llenándose a su alrededor. Cecilia escuchaba fragmentos de conversaciones de los huéspedes, que planificaban las actividades que realizarían aquel día. Una familia con niños iría a la playa, mientras que otra familia quería visitar la ciudad. Una joven pareja que había llegado la noche anterior desplegó un mapa mientras discutían sobre a qué lugares se dirigirían. Llevaban botas resistentes y mochilas bien preparadas.

Cecilia se acercó al hombre al fondo del local y le ofreció café.

—¿Más café?

Frank Kobolt alzó su rostro pálido para mirarla y asintió para agradecérselo.

—¿Está aquí de vacaciones? —preguntó Cecilia mientras le llenaba la taza.

—¿Eh?

—¿Está de vacaciones? —repitió. Así era como solía entablar conversación con los huéspedes.

El hombre negó con la cabeza y se inclinó sobre el plato. Su lenguaje corporal indicaba claramente que no quería charlar con ella. Cecilia regresó hasta la puerta de la cocina y permaneció observándolo. Lanzaba largas miradas a cada nuevo huésped que entraba en la sala de desayunos, y contemplaba a las otras personas con disimulo. Justamente como si los estuviese espiando. Además, comía muy despacio. Clavaba el tenedor cuidadosamente en la rebanada de pan con fiambre, cortaba un trozo y se lo llevaba a la boca. Solo una de cada dos veces la abría y comía. Con la misma frecuencia volvía a apoyar el tenedor en el plato y dejaba que su mirada recorriese la sala.

Cecilia continuó vigilándolo mientras recogía las mesas que iban quedándose libres a su alrededor. Parecía que le despertasen más interés los huéspedes masculinos. Las familias con niños y las parejas de novios no le interesaban.

El hombre de pelo largo que se había dejado el periódico con la foto de Levi Hildonen en la mesa del porche el día anterior apareció en la

entrada. Llevaba las gafas de sol colocadas sobre la cabeza. Ese día también llevaba un periódico, y lo dejó en una de las mesas más próximas antes de ir a servirse el desayuno. Frank Kobolt siguió al hombre de las gafas de sol con la mirada desde su sitio al fondo del local.

—Buenos días —le saludó Cecilia.

—Buenas —dijo el hombre con una sonrisa—. Qué buen tiempo nos habéis preparado.

Cecilia le devolvió la sonrisa.

—¿Está aquí de vacaciones?

—Sí, supongo que se le puede llamar vacaciones. En cualquier caso, es una maravilla romper un poco con la rutina.

Cuando Cecilia se dio la vuelta de nuevo, Frank Kobolt había desaparecido. No había pasado junto a ellos, por lo que debía haberse encaminado hacia el ala oeste.

—¿Has dormido bien esta noche?

Era Leo quien se lo preguntaba. Estaba detrás de ella y parecía tener sueño todavía, aunque hubiese dormido en su propia cama. Pronto le tocaría mudarse a él. La parte de la zona privada donde él y su madre vivían constituía la próxima fase del proyecto de renovación de su padre.

—Mucho mejor que la noche anterior —respondió Cecilia echando un vistazo al reloj.

La guardia de Leo empezaba ahora que había mucho que hacer. Era práctico que fueran dos.

—Hay uno que desde luego tiene hambre —dijo Leo, y señaló a Christian Lasson, que acababa de entrar en la sala de desayunos con su túnica de pintor. Parecía estresado, y sus rizos alborotados se mecían a cada paso.

Lasson no solía desayunar en la pensión, pero acudía a menudo a almorzar y a cenar, y pagaba la cuenta una vez al mes. En ese momento se encontraba sirviéndose grandes porciones de comida del bufet. Colocó un montón de rebanadas de pan en un plato y llenó otro con fiambres variados.

—¿Os parece bien que me lo lleve? —preguntó, aunque ya se dirigía hacia la salida—. Luego os traigo los platos. Pagaré más tarde.

—¿No tienes tiempo para sentarte a comer? —preguntó Leo.

—¿Tiempo? —repitió como si no comprendiese la pregunta.

—No hay problema —asintió Cecilia, y se despidió de él con una sonrisa.

—Parecía no tener tiempo —dijo Leo contemplando cómo el pintor se apresuraba a volver a la Casa de la Playa.

—El tiempo no es algo que se tenga —dijo Cecilia.

—¿Qué quieres decir?

—Lo dijo el señor Aleksandersen.

—¿El relojero que encontró el diario de tu madre?

Cecilia asintió.

—Estuve pensando en ello anoche, antes de dormirme —continuó —. El tiempo no es algo que se tenga o no se tenga. Es algo que se toma. Algo que se emplea en algo.

Leo sacudió la cabeza.

—No deberías pensar tanto. —Le sonrió con cierta chispa en sus ojos verdes—. Piensa mejor en algo útil.

—¿Cómo qué?

Leo se encogió de hombros y se encaminó hacia la cocina.

—Como en qué podría significar el plano que encontramos —propuso—. Y para qué sirve la llave.

El resto de la jornada laboral pasó con rapidez. Había muchos huéspedes y mucho que hacer. Era como si el tiempo pasase más deprisa cuando estaban atareados.

Cuando la sala de desayunos finalmente quedó vacía, salieron al porche. El aire ya vibraba a causa del calor. Apenas soplaba el viento. Los árboles y los matorrales habían perdido gran parte de su fresco verdor, y las banderas de delante de la pensión colgaban lánguidas de sus mástiles.

—*¡Hola, tesoro! ¿Estás ahí sentaaado? Mi tesoro.* —El papagayo Arturo tenía la cabeza ladeada, levantaba una pata e imitaba el sonido de besos.

—Bocazas —le dijo Cecilia entre risas.

—*Mi tesoro* —replicó Arturo mientras inflaba su plumaje.

El Viejo Tim venía caminando hacia la pensión. Uno casi podía sincronizar el reloj en relación con su llegada. Siempre aparecía en cuanto acababa el desayuno, y sabía de sobra que aún quedaba café en las cafeteras.

—Voy muy lento —dijo, tardando en colocar el bastón para lograr sentarse en una de las sillas.

—¿Café? —le preguntó Cecilia, que ya se dirigía adentro antes de que al Viejo Tim le diese tiempo de asentir.

—Bueno —dijo cuando ella regresó y colocó una taza delante de él —. ¿Qué pinta tenía aquello?

—¿El qué?

El Viejo Tim se llevó la taza a la boca. Las venas de sus toscas manos parecían líneas azules bajo la piel.

—La granja de los Wigander —respondió dando un sorbo—. Os vi con las bicicletas ayer por la tarde.

—Está totalmente en ruinas —respondió Leo.

—Me lo imagino —asintió el Viejo Tim—. Hace muchos años que no subo por allí. Imagino que tampoco habrá subido nadie más —añadió.

Cecilia y Leo intercambiaron una mirada. Los dos pensaron en contarle lo del billete de autobús.

—¿Por qué no vive nadie en la granja? —preguntó Leo—. ¿Quién es el propietario?

—Se trata de una historia muy triste —respondió el Viejo Tim mientras se acariciaba la barba con la mano—. Margit y Gunnar se endeudaron para ayudar a Levi. Al mismo tiempo, tuvieron que pagar por las cosas que él había destrozado o robado. Cuando un día robó un coche y lo estrelló contra otro, ya no pudieron hacer frente a los gastos. Hipotecaron la casa. No solo una vez y, cuando ambos murieron, lo único que quedó en el banco fueron deudas. El terrateniente de Vrengen las compró. No tenía demasiado interés en la granja, sino en los pastos y el bosque, y ahora el tiempo ha ido dejando su huella.

Cecilia lanzó una mirada a la granja de los Wigander. Las casas no solo parecían vacías, sino también abandonadas.

—Los estragos del tiempo —dijo para sí en voz alta.

—Sí, está en ruinas.

Cecilia se giró hacia el Viejo Tim de nuevo.

—¿Qué es el tiempo? —le preguntó.

El Viejo Tim entornó los ojos, como si esa pregunta fuese demasiado grande como para ser contestada. Luego alzó la taza y se la llevó a la boca mientras reflexionaba.

—El tiempo es movimiento —respondió finalmente, dejando que la taza descansase sobre su regazo—. Si todo estuviese inmóvil, nada cambiaría. Lo único que tienes que hacer es decidir qué quieres hacer con el tiempo que se te ha dado —añadió mirando hacia la granja de los Wigander, como para poner de ejemplo a Levi Hildonen, que era alguien que no había empleado el tiempo y su vida en hacer nada bueno.

La mirada de Cecilia apuntó en la misma dirección. El Viejo Tim había llegado a las mismas conclusiones que ella acerca del tiempo. No era algo que uno tenga, sino algo que había que tomar.

—Entiendo que se fugase —dijo Cecilia, sin ser capaz de imaginarse realmente cómo debía ser estar encerrado en una prisión y sentir que el tiempo pasa lentamente.

—Cada día es un día perdido que resta tiempo a lo que nos queda de vida —asintió el Viejo Tim con el semblante pensativo—. El tiempo pasa despacio cuando te sientes solo, y cuando careces de la posibilidad de mantener el contacto con la familia y los amigos. Solo tienes a los guardias de la prisión, que deciden constantemente lo que puedes y no puedes hacer. Es como si tu vida estuviese en suspenso. Como si realmente ya no tuvieses una vida, como si otras personas controlasen incluso tus pensamientos y sentimientos más íntimos.

Cecilia lo observó atentamente. Su rostro estaba surcado de arrugas y huellas que desvelaban que había vivido mucho. Quiso preguntarle cómo sabía tanto sobre estar encarcelado, pero no se atrevió.

—Aunque sí sé una cosa del tiempo —continuó el Viejo Tim—. No puedes escapar de él.

CAPÍTULO 11
PASATIEMPO

Las robustas manos del Viejo Tim temblaron levemente cuando vació la taza de café y la colocó sobre la mesa. Se levantó, asió el bastón y permaneció con el rostro girado hacia el mar antes de asentir para sí mismo.

—Gracias por el café —dijo, cuando se disponía a descender con cuidado las escaleras.

—¡*Mi tesoro!* —le gritó Arturo desde la jaula, meneando la cabeza de arriba abajo.

El Viejo Tim siguió caminando con su bastón. Cecilia y Leo permanecieron observándolo. Avanzaba despacio, y se detenía un poco cada diez pasos.

—Tenemos que hacer lo que dice —declaró Leo.

—¿El qué?

—Llenar el tiempo.

—¿Cómo?

Leo echó un vistazo a su alrededor.

—Aquí está ocurriendo algo —constató enumerando algunas palabras clave—: la granja de los Wigander, Levi Hildonen, huéspedes que leen periódicos viejos, personas que deambulan fuera por la noche, llaves escondidas y planos antiguos. Es más que suficiente para llenar el tiempo.

Cecilia asintió. Aunque a ella le preocupaba más lo que su madre había escrito en el diario acerca de los encuentros con L. Pero no tenía ganas de hablar de ello todavía.

Une había vuelto a casa tras pasar la noche en la torre. Ahora venía corriendo con Egon por el camino junto a la playa.

Se detuvieron al cruzarse con el Viejo Tim, que se agachó para acariciar a Egon detrás de la oreja antes de que el perro siguiese corriendo y subiese hasta el porche.

—Qué bien que hayas venido —dijo Leo cuando Une también hubo llegado—. Tenemos mucho que hacer —añadió, y recitó las palabras clave una vez más para Une.

—He estado pensando en lo de la llave y el plano —dijo Une—. Lo tiene que haber escondido allí algún antiguo huésped. Podríamos revisar el registro de visitas.

—Buena idea —juzgó Leo, y lanzó una mirada a la puerta que llevaba a la recepción—. ¿Puedes hacerte con él, Cecilia?

—Si consigo estar sola un rato detrás del mostrador —asintió Cecilia —. Mi padre va a hacer un montón de preguntas si me meto en el sistema mientras él está allí.

—De acuerdo, se me ocurre otra cosa que podemos hacer mientras tanto —dijo Leo.

—¿El qué?

—Leer el periódico *VG* del 28 de julio del año pasado.

Cecilia negó decidida con la cabeza. Cuando desenmascararon a los narcotraficantes que se habían alojado en la pensión unas semanas antes aquel verano, habían entrado en sus habitaciones mientras estos estaban fuera. Ella sabía en qué habitación se alojaba el hombre del periódico viejo, pero no quería hacer lo mismo de nuevo.

—Yo no me voy a colar en su habitación —declaró—. No me gusta fisgonear entre las cosas de los demás.

—No hace falta —respondió Leo, que ya se dirigía a la puerta.

Une ató a Egon fuera antes de seguir, junto a Cecilia, al chico a través de la recepción, escaleras arriba hacia el primer piso y luego hasta la estancia de la torre.

Leo se sentó delante de la pantalla del ordenador y escribió una dirección web; se abrió entonces una página que se titulaba *VG: Archivo*.

—Hay copias escaneadas de todos los periódicos desde 1945 — explicó—. Pero cuesta dinero acceder y debemos registrarnos como usuario.

Cecilia se sentó a su lado y observó cómo empezaba a teclear el nombre, la dirección de correo electrónico y un número de tarjeta de crédito.

—¿De quién es la tarjeta de crédito?

—Es de mi padre —explicó Leo, que continuó con el registro—. No hay ningún problema, vaya.

Cecilia asintió. El padre de Leo solo venía a visitarlo a Noruega una vez al año, pero siempre le compraba cosas caras. No le extrañaba que permitiese que Leo usase su tarjeta de crédito para comprar cosas por internet.

—Son 99 coronas al mes —dijo Leo.

Había terminado de registrarse y estaba comprobando un calendario en el que marcó la fecha de un año atrás para encontrar la edición en cuestión. Al cabo de un instante, una portada de *VG* ocupó toda la pantalla. Cecilia reconoció el periódico. Era el que Frank Kobolt había estado leyendo el día anterior al fondo de la sala de desayunos. *Se esperan más días soleados* rezaba el titular sobre la fotografía de una mujer en bikini que posaba en la playa bajo un sol resplandeciente.

Leo puso el dedo en la pantalla sobre otro titular más abajo de la página: *MONTEORO VACIADA*. Debajo había una fotografía de un

coche de policía aparcado junto a una joyería. A continuación ponía:

> Se cree que objetos cuyo valor asciende a millones han sido robados tras el espectacular atraco a una de las principales joyerías de Noruega.

Los tres se miraron. Une soltó un largo silbido.

—Esto no es casualidad —dijo—. Resulta que hay un hombre leyendo un periódico del año pasado sobre el robo de la joyería el mismo día en que el periódico publica que uno de los ladrones se ha fugado de la prisión.

Cecilia notó como comenzaba a latirle la sien. Algo estaba ocurriendo. Ambas cosas estaban relacionadas, sin que ella comprendiese cómo. Le recordaba un poco a esos crucigramas que no es posible solucionar. Las palabras cuadran en muchos sitios, pero quedan vacías demasiadas casillas o resultan totalmente incomprensibles.

CAPÍTULO 12
LA RECOMPENSA

Leo buscó la página diez.

Presuntamente, objetos con un valor de más de 30 millones fueron robados en la Joyería Monteoro cuando los ladrones lograron acceder a la cámara acorazada de la joyería.

— Se abrieron paso a la fuerza a través de cinco puertas en el sótano de la joyería y se han llevado enormes cantidades de joyas de oro y diamantes — declara el inspector Leif Malm de la jefatura de policía de Oslo.

Malm dirige la sección de delincuencia organizada. Explica que su departamento está a cargo de la investigación a causa de la envergadura del caso y el modus operandi, ya que este revela una gran profesionalidad.

— Al entrar por el sótano, han logrado evitar las alarmas que existen en la planta superior. sí mismo, parece que los autores del delito desconectaron de la centralita las cámaras de vigilancia que cubrían el local — aporta el inspector Malm.

Hasta el momento la policía no dispone de pistas, pero se están destinando muchos recursos para la resolución del caso.

—A uno de ellos ya lo pillaron —comentó Une.

Leo hizo clic en el periódico del día siguiente. Al parecer, ni la policía ni los periodistas habían conseguido recabar más información.

En primer lugar, los ladrones hicieron un butrón en la pared lateral de la cámara acorazada, lo suficientemente grande como para dejar pasar a una persona. A continuación, extrajeron de la cámara grandes cantidades de oro y diamantes.

Lo más probable es que el robo de las joyas fuese captado por las cámaras de vigilancia del almacén del sótano. El problema es que los ladrones se llevaron la caja de grabación.

La policía sospecha que la cámara acorazada de la joyería no fue elegida al azar. El valor de los objetos robados se estima en más de 30 millones de coronas.

— No es habitual que una joyería disponga de tantos artículos como los que se llevaron los ladrones. Se trata del almacén principal de la Joyería Monteoro en Noruega, y abastece de productos a cuatro joyerías de todo el país — afirma el inspector de policía Leif Malm, que de momento no cuenta con ningún sospechoso y mantiene abiertas todas las hipótesis—.Tememos que se hayan fugado al extranjero. Si fuese el caso, podría ser difícil recuperar los objetos robados. El oro es fácil de vender, tanto en forma de joyas como refundido —declara el jefe de la investigación

a VG.

El robo en Storgata 28 tuvo lugar la noche del martes. Malm pide a los ciudadanos que se pongan en contacto con la policía de Oslo si han visto o escuchado algo.

— Creemos que los ladrones podrían haber empleado un martillo percutor contra el hormigón de la cámara acorazada. Es posible que alguien lo haya oído, y por eso es importante que nos lo notifiquen. Ninguna información carece de importancia — dice el inspector.

El propietario, Knut Fjell, está desesperado.

— Resultó tan irreal encontrar aquel agujero en la pared, como si fuesen los Golfos Apandadores del Pato Donald los que estuviesen detrás de todo esto — declara.

Él y su mujer, Svanhild, son los propietarios de la joyería en el centro de Oslo.

— Todo el oro desaparecido lleva nuestro sello de responsabilidad, pero si se refunde, por supuesto, desaparece. El precio del oro también juega a su favor en este momento.

—No era necesario escribir eso —comentó Leo.

—¿El qué?

—No era necesario poner que estaba desesperado —zanjó Leo señalando una fotografía del propietario de la joyería.

Su rostro lucía pálido y tenía los ojos enrojecidos e inyectados en sangre, con ojeras oscuras y la mirada grave, inquieta y casi suplicante.

—No dicen nada sobre el Reloj maltés —dijo Cecilia.

Leo escribió *Reloj maltés* en el campo de búsqueda, y la página se llenó de resultados. Hizo clic en el primero:

ROBO DE UNA IRREMPLAZABLE PIEZA DE ARTE REAL

Entre los objetos robados durante el atraco a la Joyería Monteoro en la noche del martes se encuentra el llamado Reloj maltés, cuyo valor asciende a cinco millones de coronas. La pieza fue un regalo al rey Carlos II de España en 1666 por parte del gran maestre Jean de la Valette de la clerical Orden de Malta.

El reloj era uno de los instrumentos mecánicos más avanzados de su época, y fue construido por el relojero Balthazar Martinot, siendo uno de los primeros mecanismos de reloj doble del mundo, pues no solo podía mostrar las horas enteras, sino también los minutos. La caja del reloj está labrada en oro puro e incrustada de piedras preciosas. Iba a formar parte de una exposición sobre las casas reales europeas en el Museo de Historia del Arte de Oslo. El reloj estaba siendo restaurado por los especialistas relojeros de la Joyería Monteoro y se encontraba en la cámara acorazada cuando se produjo el atraco.

Benjamin Marlow, de la compañía de seguros internacional Aon, define el reloj como una pieza de arte irremplazable, y ofrece una recompensa de cien mil coronas para aquellos que puedan proporcionar alguna información que ayude a recuperar el Reloj maltés.

Los tres se miraron.

—Cien mil coronas —dijo Une en voz baja—. Para aquellos que puedan proporcionar alguna información que ayude a recuperar el Reloj maltés.

—Todavía no lo han encontrado —les recordó Leo, y buscó el periódico en donde se informaba de la detención de Levi Hildonen.

Un hombre ha sido detenido y acusado del atraco a la Joyería Monteoro en Oslo hace tres semanas.

En una nota de prensa, la policía comunica que el hombre ha sido detenido de acuerdo con una extensa investigación. Según las informaciones con las que cuenta VG, solo se ha recuperado una pequeña parte de los objetos robados. El famoso Reloj maltés, que pertenece a la casa real española, no se habría encontrado.

— El hombre, de 37 años, fue detenido en Oslo el jueves — declara el responsable de la investigación, Leif Malm, a VG.

El hombre es un viejo conocido de la policía. De momento, la información proporcionada por la policía sobre el detenido en el caso resulta escasa, y no se descarta que se produzcan más arrestos.

— Las investigaciones realizadas en el lugar del crimen indican que al menos se trataría de dos autores — confirma Malm.

Al propietario de la Joyería Monteoro, Knut Fjell, le alegra que se haya producido una detención.

— La policía está realizando un trabajo magnífico —declara a VG.

Sin embargo, pide que la policía no dé por zanjada la investigación.

— Muchas de las piezas robadas son obras de arte de un valor inestimable — prosigue, refiriéndose en particular al valioso Reloj maltés— . Mi esperanza es que este avance en el caso pueda llevar a que al menos se recupere una parte de las piezas robadas.

Leo se reclinó en la silla y lanzó una mirada a la granja de los Wigander. Luego se giró hacia Cecilia.

—¿Tienes el plano? —preguntó.

Ella fue a buscarlo, lo desplegó sobre la mesa y lo alisó con la mano. La cruz dibujada atrajo su mirada y entendió lo que Leo estaba pensando. La X marcaba el lugar.

La X representaba el Reloj maltés.

CAPÍTULO 13

POR FAVOR, NO MOLESTAR

Lo primero en lo que Cecilia se fijó fue en el oro. La mujer que estaba delante del mostrador de la recepción llevaba oro en las orejas, alrededor del cuello, en los dedos y en ambas muñecas.

—Su habitación es la 205 —explicó el padre de Cecilia señalando la escalera—. Segunda planta.

Los brazaletes de oro tintinearon y se deslizaron hacia delante cuando la mujer extendió la mano para coger la llave.

—¿No tienen ascensor? —preguntó.

—Lo siento —dijo Alan con una sonrisa, y lanzó una mirada a Cecilia, que estaba con Leo y Une—. ¿Necesita ayuda con el equipaje?

—Sí, por favor.

Leo y Cecilia cogieron una bolsa cada uno antes de que a su padre le diese tiempo a preguntarles, mientras que Une salió a ver a Egon, que estaba fuera.

—Por aquí —dijo Leo, y fue el primero.

La mujer de las joyas de oro dio las gracias y lo siguió.

—¿Es la primera vez que nos visita? —preguntó Cecilia cuando hubieron subido la escalera.

—Sí, así es.

El sol brillaba a través de la puerta abierta en el pasillo del primer piso, formando una clara franja de luz sobre el suelo que también trepaba en diagonal por una de las paredes, y podían escuchar el sonido de risas desde la playa.

—Al menos ha tenido suerte con el tiempo —comentó Cecilia.

—En eso tienes razón —respondió la mujer con una sonrisa—. Y he leído que se esperan más días soleados.

Leo estuvo a punto de soltar la bolsa de viaje que llevaba por delante. Se la cambió de mano y se giró hacia ellas. Cecilia asintió. Ella también había leído sobre los días soleados. En el periódico de hacía casi un año.

La habitación 205 se situaba al fondo del ala oeste. Cecilia y Leo dejaron el equipaje en el pasillo mientras la mujer de las joyas abría la puerta con la llave.

—Espero que disfrute de su estancia —dijo Cecilia disponiéndose a darse la vuelta para marcharse.

—¡Un momento! —pidió la mujer.

Se puso a rebuscar en el bolso, extrajo un monedero y sacó dos monedas de cinco coronas.

—Gracias por la ayuda —dijo, y les entregó una moneda a cada uno antes de entrar en la habitación con el equipaje y cerrar la puerta.

Leo lanzó la moneda al aire y la recogió con la mano.

—¡Cuánta generosidad! —comentó metiéndosela en el bolsillo—. Seguramente llevaba encima oro por valor de más de cien mil coronas.

Cecilia no respondió.

—Él se aloja ahí —dijo, e hizo un gesto con la cabeza hacia la puerta al otro lado del pasillo.

—¿Quién?

—Frank Kobolt —susurró Cecilia—. El que estaba leyendo el periódico antiguo.

Leo dio un paso hacia la puerta de la habitación 204. Un cartel en el que ponía por favor, no molestar colgaba del tirador de la puerta. Cecilia comprobó la hora. Eran casi las doce.

Los huéspedes solían colgar el cartel si se habían acostado tarde y no querían que la persona encargada de la limpieza los despertase. Pero Frank Kobolt ya había bajado a desayunar.

Justo cuando se disponían a marcharse escucharon un teléfono móvil que sonaba en la habitación.

Leo pegó la oreja a la puerta. Cecilia vaciló, pero hizo lo mismo cuando el teléfono dejó de sonar.

Escucharon una voz de hombre que respondía.

—Claro que me has despertado.

La voz sonaba irritada, como la del padre de Cecilia cuando se quedaba dormido en el sofá por la tarde y lo despertaban. Acto seguido, pareció que el hombre hiciese un esfuerzo por recomponerse y su voz se volvió más suave.

—Esta noche… —dijo antes de que la voz desapareciese, como si estuviese deambulando por la habitación y se hubiese alejado. Entonces volvió a escucharse más fuerte—. ¿Dónde estás? —preguntó antes de que se produjese una breve pausa—. ¿Ya? —continuó, y se hizo el silencio de nuevo mientras la otra persona contestaba—. Todo está preparado. Eso es lo que acordamos —dijo el hombre detrás de la puerta cuando le tocó hablar.

—…

—Tan seguro como puedo estarlo.

—…

—Tenemos que vernos.

—…

—¿Junto al faro? Vale. Allí nadie nos verá. Dame una hora. Digamos que a la una.

Luego hubo silencio y pareció que el hombre trajinaba algo al otro

lado de la puerta.

Cecilia y Leo se retiraron. La habitación se encontraba al fondo del ala oeste, y el camino más corto para salir era la escalera de incendios del final del pasillo. Leo empujó la puerta para abrirla y bajaron la escalera a hurtadillas. A mitad de trayecto, Cecilia se detuvo. Su mente había reparado en algo. Un pensamiento que no era capaz de verbalizar. No tenía nada que ver con lo que había escuchado, sino con algo que no lograba explicarse ni a sí misma.

Leo llegó al final de la escalera y se giró.

—Algo pasa con ese tipo —susurró a Cecilia.

Ella observó fijamente los peldaños que bajaban hasta donde estaba él y se dio cuenta de lo que su subconsciente había percibido. Había hierbajos verdes en la escalera. Pequeñas briznas recién cortadas. A medida que esta descendía, había más.

Los rastros de hierba descendían por los peldaños de la escalera y conducían a la puerta que daba a la parte trasera de la pensión. Cecilia los señaló sin decir nada. Leo parecía no entender a qué se refería.

—Mi padre estuvo cortando el césped ayer —dijo—. Alguien ha usado esta puerta y se ha traído adentro la hierba pegada a los zapatos.

Cecilia se giró y subió la escalera de nuevo. Leo fue tras ella. Abrió la puerta con un suave empujón y observó el rastro desde el umbral. El rastro de hierba continuaba hasta la habitación 204.

—Hace sol y el suelo está totalmente seco fuera —dijo Cecilia cerrando la puerta suavemente—. La hierba no se pega a los zapatos cuando está seca, pero hace seis horas, por ejemplo, había rocío en el césped. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Ha salido esta noche —concluyó Leo.

Cecilia asintió.

—Y en una hora saldrá de nuevo —continuó Leo mirando su reloj—. Se encontrará con alguien en el faro de la Punta de las Anguilas.

CAPÍTULO 14
LA REUNIÓN

Atravesaron corriendo la puerta trasera y rodearon la pensión hasta la fachada, donde los esperaban Une y Egon. —Algo pasa con el hombre de la 204 —explicó Cecilia—. Frank Kobolt. El que lee periódicos antiguos.

Une se abrazó a Egon y dejó que le contasen lo que habían averiguado.

—Se va a encontrar con alguien junto al faro a la una —concluyó Leo—. Es una reunión secreta.

—Podría ser con el hombre que ha aparecido por aquí hace un momento —opinó Une, e hizo un gesto con la cabeza hacia la recepción—. Un tipo asqueroso, con el pelo grasiento.

Cecilia se dio la vuelta. La luz del sol era demasiado intensa como para poder ver el interior desde la puerta abierta, por lo que entró. La descripción de Une se ajustaba mucho a la realidad. El nuevo huésped llevaba el pelo relamido hacia atrás, y sus ojos pequeños profundamente incrustados en un rostro hinchado le conferían un aspecto malvado.

—Aún tienes que comprobar el listado de los huéspedes —le recordó Une cuando volvió a salir.

—Primero tenemos que ir al faro —dijo Leo—. Debemos averiguar con quién va a reunirse Frank Kobolt, el de la 204. Deberíamos llegar antes que él y buscar un lugar desde donde podamos vigilar y enterarnos de lo que pasa.

—Podemos subir al faro —propuso Une.

—Está cerrado.

—Mi padre tiene la llave —dijo Une con una sonrisa.

Leo la miró fijamente.

—¿De veras?

Cecilia sonrió. Leo solo llevaba un mes viviendo en la Bahía de los Veleros y había muchas cosas que no sabía de los residentes.

—Sí. Es él quien se encarga de su mantenimiento. Sé dónde guarda la llave.

—Corre a buscarla, entonces —le pidió Leo comprobando la hora. Eran las doce y cuarto—. Date prisa.

Une tomó prestada una de las bicicletas de alquiler de la pensión

mientras Cecilia cuidaba de Egon. Diez minutos más tarde había vuelto y agitaba una llave grande que colgaba de un cordón rojo.

Leo y Cecilia recogieron sus bicicletas mientras Egon corría entre las nubecillas de polvo que se levantaban a su paso por el seco camino de tierra que llevaba a la Punta de las Anguilas.

En la zona del faro soplaba más viento. En el exterior de los escarpados acantilados que descendían hasta el mar, una bandada de gaviotas sobrevolaba la zona con las alas extendidas sobre las olas y graznaban y cacareaban con chillidos agudos entre sí. Desde el borde del barranco podían contemplar toda la bahía, que yacía cincelada en las resplandecientes aguas del estrecho.

—Daos prisa —dijo Leo colocándose ante la pesada puerta de roble del faro.

Cecilia inclinó la cabeza hacia atrás y echó un vistazo a la plataforma y la linterna de la parte superior de la torre mientras Une abría la puerta con llave. Esta estaba construida en piedra y pintada de blanco con un anillo rojo entre los dos pisos superiores.

Entraron por la puerta con las bicicletas a rastras y cerraron. Leo fue el primero en ascender la destartalada escalera de caracol. Era tan estrecha que daba miedo, y a Cecilia el corazón le latía con fuerza cuando alcanzó el último peldaño.

En el centro de la estancia se encontraba la linterna, con un enorme reflectante de vidrio. Esta ocupaba la mayor parte de la estancia; sin embargo, quedaba sitio para una mesita, una silla de madera y un catalejo montado en un trípode. Alrededor de la estancia había grandes ventanales de cristal grueso que permitían a los fareros contemplar el mar hacia todos los puntos cardinales. Fuera, un angosto balconcillo rodeaba la torre.

—Vaya vistas —silbó Leo—. Se puede ver todo.

Cecilia se acercó al cristal y echó un vistazo al interior de la bahía. La altura resultaba casi aterradora. Podía ver la pensión, por supuesto, y la granja de los Wigander, la casa de Lasson y los cerros boscosos de detrás que se alzaban hacia las montañas. En dirección contraria podía contemplar el mar azul que descansaba pacíficamente en el horizonte brumoso. En el litoral había muchos barquitos, y mar adentro navegaban grandes buques.

Leo se colocó junto al catalejo montado en un trípode.

—Hala, es muy potente —dijo entre risas mientras giraba el trípode —. Casi puedo ver los titulares de los periódicos que están leyendo en la playa.

—¿Ves a Frank Kobolt? —quiso saber Cecilia.

Era a él a quien estaban esperando.

Leo giró el catalejo sobre el trípode.

—No… —respondió, y le cedió el puesto a Cecilia.

El potente catalejo hizo que pudiese ver muy de cerca a la gente de la Bahía de los Veleros. Dejó que su mirada ampliada recorriese lentamente la playa. Se detuvo junto a la Casa de la Playa. Christian Lasson estaba fuera con su túnica de pintor manchada. Caminaba de un lado a otro sobre el pavimento adoquinado de delante de la casa. Daba cinco pasos en una dirección antes de darse la vuelta y caminar en la otra.

—Deberíamos hablar con Christian Lasson —dijo—. Él conoce a Levi Hildonen. Jugaban juntos cuando eran pequeños.

Leo estaba de acuerdo.

—Es posible que sepa algo de dónde podría estar.

Cecilia giró el catalejo como si fuese la aguja de un reloj. Dejó que su mirada se deslizase por la casa del Viejo Tim, la Bahía de Arena, la Isla de los Pastores y se detuvo en un enorme barco atracado junto al Islote de Piedra. En la cubierta había dos personas tomando el sol desnudas. Desplazó el catalejo rápidamente, hacia la orilla oeste de la Punta de las Anguilas, donde se encontraban los búnkeres construidos por los alemanes durante la guerra para defenderse de los ataques por mar.

Había una instalación similar a ambos lados de la Bahía de los Veleros.

Se ubicaban en las laderas de las montañas con aberturas para cañones, puestos de vigilancia y metralletas. Las instalaciones subterráneas eran aún mayores, les había contado el Viejo Tim en una ocasión; disponían de almacenes para munición, sistemas de comunicación, consultas médicas, despachos y alojamientos. Bajo tierra había de todo.

A este lado de la Bahía, en el área de Punta de las Anguilas, la antigua zona militar todavía estaba acordonada. Las alambradas oxidadas con alambre de espinos en la parte superior se extendían hasta el mar. Tras ellas se encontraban aquellos mastodontes de hormigón gris, que descansaban en el paisaje como sombríos monumentos históricos de una época en la que la zona albergaba a cientos de soldados alemanes. Se había reventado la montaña para construir largos pasillos y amplias estancias. El verano anterior, Une y Cecilia habían conseguido entrar a través de un agujero en la alambrada y habían explorado la zona. La mayoría de los accesos a los búnkeres habían sido sellados o cerrados con sólidas puertas de acero, pero habían encontrado algunos sitios en los que podían internarse para explorar.

Cecilia estaba girando el catalejo hacia la pensión cuando registró un movimiento en unos de los viejos puestos de vigilancia junto a la entrada de la zona de los búnkeres.

Solo podía ver la parte trasera de una cabeza masculina, y pudo

seguir los movimientos del hombre mientras avanzaba por las trincheras que se habían cavado para que los soldados pudiesen desplazarse con seguridad.

—Hay alguien en la zona de los búnkeres —dijo justo cuando el hombre llegó hasta una abertura en el muro de hormigón y ella pudo ver quién era—. Es el que estuvo hablando con Arturo y pensó que era un pájaro chulo —explicó ella—. El hombre de las gafas de sol.

—Mejor vigila si viene alguien por el camino. Es a Frank Kobolt a quien estamos esperando —le recordó Leo.

El hombre que se encontraba donde los búnkeres tiró de una puerta de acero, como para comprobar si estaba cerrada, antes de seguir caminando y perderse de vista. Cecilia permaneció apuntando con la lente del catalejo a la puerta de acero gris que el hombre con las gafas de sol había intentado abrir. Le pareció que se entreabría. Era como si pudiese vislumbrar por un momento de qué manera las cosas estaban relacionadas entre sí. Sin embargo, enseguida perdió el hilo y giró el catalejo hacia la pensión. El hombre de pelo grasiento que se acababa de registrar apareció en la puerta. Echó un vistazo a ambos lados antes de acercarse a la jaula del papagayo.

—¡Ahí! —exclamó Une, y señaló la zona frente al faro.

Cecilia soltó el catalejo y se agachó para acercarse al grueso ventanal. Llevaba la misma ropa que durante el desayuno. Un jersey negro de cuello alto con chaqueta y pantalones negros.

Frank Kobolt rodeó el faro hasta el borde de los acantilados. Cecilia, Une y Leo gatearon alrededor de la linterna del faro para seguir sus movimientos. Egon empezó a lloriquear, como si no le gustase lo que estaba pasando. Cuando Une le pidió silenció, se calmó.

Se tumbaron boca abajo y permanecieron vigilando a Frank Kobolt. El viento se apoderó de su tupido pelo. Se detuvo con las piernas separadas y pareció disfrutar de la corriente de aire fresco.

—Me pregunto con quién va a encontrarse —dijo Leo, y se retorció para poder echar un vistazo al camino que llevaba al faro.

Frank Kobolt se acercó unos pasos más al borde del acantilado, se inclinó hacia delante y miró hacia abajo. Acto seguido se dio la vuelta y se acercó tanto a la pared del faro que resultaba imposible verlo para los que estaban dentro.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó Une estirando el cuello.

Antes de obtener respuesta, Frank Kobolt volvió a dar un par de pasos al frente, deteniéndose justo debajo de ellos. Se sacó unos papeles del bolsillo, los revisó y volvió a guardarlos.

Leo sacó el teléfono móvil y tomó una foto.

—Me hubiese gustado tener la cámara réflex —Suspiró, refiriéndose a la cámara que había perdido en el agua aquella noche de tormenta a principios de ese mismo verano, cuando habían descubierto a los

narcotraficantes.

De repente había otra persona acompañando al hombre que se encontraba allí abajo. Llevaba ropa deportiva azul, zapatillas y una gorra con visera. Ninguno de ellos había visto desde dónde había llegado, y resultaba imposible ver quién era.

Los dos permanecieron hablando justo debajo de ellos. Frank Kobolt gesticulaba con los brazos, como si explicase algo. El otro solo parecía estar escuchando. A continuación, ambos se acercaron al acantilado. Primero iba Frank Kobolt, y la otra persona con ropa deportiva lo siguió algo vacilante. Permanecieron de espaldas al faro, a tan solo medio metro del precipicio. Cecilia se estremeció.

Luego se dieron la vuelta. La persona con ropa deportiva inclinó la cabeza hacia atrás y echó un vistazo a la parte superior del faro. Los tres amigos se acurrucaron para evitar que los descubriesen, pero llegaron a ver de quién se trataba. No era un hombre, sino una mujer. Era la mujer de las joyas, a la que habían ayudado a subir el equipaje.

CAPÍTULO 15
LARGO VIAJE HACIA LA NOCHE

El encuentro entre Frank Kobolt y la mujer de las joyas terminó en cinco minutos. Ella fue la primera en regresar.

Leo le sacó una foto con el iPhone. En ese momento no llevaba ninguna joya y parecía muy distinta con su ropa deportiva.

Frank Kobolt esperó casi diez minutos antes de encaminarse en la misma dirección. Cecilia lo siguió con el catalejo hasta llegar a la pensión.

—¿Por qué no podían haberse reunido en la pensión? —se preguntó Cecilia—. Se alojan el uno frente al otro.

—Es posible que no supiesen que estaban alojados tan cerca —opinó Leo—. Pero lo que sí es seguro es que no quieren que se les vea juntos.

Leo revisó las fotos que había sacado con el teléfono.

—Necesito una cámara nueva —suspiró irritado, y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué hacemos? —quiso saber Une.

—Tenemos que estar atentos —dijo Leo—. Aquí está ocurriendo algo. Algo que podría tener que ver con Levi Hildonen.

—¿Crees que ellos tienen algo que ver con él?

Leo se encogió de hombros mientras se dirigía a la escalera de caracol.

—No lo sé —dijo—. El tiempo lo dirá.

Fue un día largo. Largo y aburrido. No ocurrió nada nuevo.

Iniciaron lo que Leo denominó la operación vigilancia. Leo se sentó junto a una de las mesas del porche delante de la pensión para controlar a los que iban y venían. Cecilia y Une subieron a la estancia de la torre para observar si alguien salía por la parte trasera, al mismo tiempo que podían vigilar la granja de los Wigander.

A las diez de la noche se reunieron en la torre. Leo era el único que tenía algo de lo que informar.

—Frank Kobolt salió a las 16:43 —leyó de su cuaderno de notas—. Regresó a las 17:58 con una bolsa de Kiwi.

—Ha ido a la ciudad.

Leo continuó:

—A las 18:23 bajó la mujer de las joyas. Cenó y regresó a su habitación a las 19:45.

—¿Eso es todo?

—En efecto, pero he intentado investigar un poco sobre él. Frank Kobolt es un nombre un tanto peculiar. Hice una búsqueda en internet. Hay un arquitecto alemán que se llama así, y un autor que murió hace cien años. Por lo demás, no obtuve ningún resultado.

—Eso no quiere decir que sea falso.

—Solo digo lo que he averiguado —dijo Leo.

—¿Has visto al hombre de las gafas de sol? —preguntó Cecilia.

—No, ¿por qué?

—No lo sé. Simplemente me pareció algo extraño que antes anduviese por la zona de los búnkeres alemanes.

—Muchas personas acuden allí, aunque la zona esté acordonada.

—Tienes que imprimir la lista de los huéspedes —dijo Une girándose hacia Cecilia—. Tenemos que averiguar cómo se llama la mujer de las joyas.

Leo asintió y estuvo de acuerdo.

—Pero la pensión está llena, y mi madre o Alan llevan todo el día en la recepción.

—Lo haré mañana antes del desayuno —les prometió Cecilia.

—¿Haremos guardia también esta noche? —preguntó Une.

—Si nos quedamos aquí los tres, podemos turnarnos para montar guardia.

Subieron un colchón extra e hicieron lo que había propuesto Leo. Ninguno tenía demasiado sueño, pero a las doce, Une y Leo se acostaron bajo los edredones y Cecilia se quedó vigilando mientras el cielo iba oscureciéndose poco a poco y aparecían las estrellas con sus primeros destellos vacilantes. En la granja de los Wigander ya no había electricidad, por lo que no se veía ni siquiera una lámpara exterior. Hacía tan solo unos días había habido luna llena. Era algo que ayudaba con la visibilidad, pero que también le hacía imaginarse cosas. Cuando los árboles oscilaban y se mecían con una ráfaga de viento, la luz de la luna arrojaba sombras que se movían.

Alrededor de la parte trasera de la pensión, las lámparas exteriores facilitaban la labor de vigilancia. En la parte delantera, la luz brillaba desde el faro en forma de haz e iluminaba los alrededores, barriendo tierra firme antes de alcanzar el agua y volver a desaparecer.

Cecilia estaba helada, aunque no hiciese frío. Cogió el edredón y se abrigó con él mientras contemplaba la noche, insegura de lo que estaba buscando en realidad. Mientras permanecía así, una estrella fugaz rasgó la oscuridad y dejó tras de sí un halo fino y lechoso.

En una ocasión había leído un libro sobre las estrellas. Después había pensado que contemplar el cielo estrellado era como mirar atrás en el tiempo. La estrella fugaz había tardado mucho en alcanzar sus ojos. Hasta donde ella sabía, muchas de las estrellas que refulgían en el cielo ahora podían estar muertas. Sin embargo, las veía. La luz

tardaba lo suyo en llegar. A la luz de Sirius, la estrella más luminosa y conocida del cielo, le llevaba nueve años alcanzar la Tierra. Cuando la velocidad de la luz es de 300 000 kilómetros por segundo, parece lógico creer que el universo es infinito. Que nunca se acaba.

Pensó en lo que les había preguntado el señor Aleksandersen. ¿Qué es el tiempo? El tiempo comprendía el pasado, pensó. Es decir, algo que ya ha sido, y el futuro, algo que va a ser, pero que todavía no existe. En medio está el ahora. El presente. Pero lo que es ahora, realmente no estaba ahí. Desaparecía y se convertía en pasado tan pronto como salía del futuro. Era tal y como había dicho el Viejo Tim. El tiempo era movimiento.

A Cecilia le gustaba sentarse a meditar así. Hacía que comprendiese mejor las cosas, aunque algunas veces podía suceder todo lo contrario, que solo fuese más difícil entenderlas. Como eso del tiempo. Quedaban dos horas antes de que Leo se despertase para tomarle el relevo. En una hora habría cumplido con la mitad de su guardia. Ese periodo también podía dividirse en dos, y de esta manera podía seguir dividiendo el tiempo. Cuando quedasen diez minutos, le quedaría la mitad después de cinco. Incluso cuando quedase un segundo, debería llegar hasta la mitad antes de poder avanzar, y como siempre debía estar a la mitad en algún momento antes de que llegase la hora, esa hora nunca llegaría. Podría dividir el tiempo en fracciones infinitas pero siempre quedaría una fracción infinitesimal de segundo.

De repente percibió un movimiento en el camino de delante de la pensión que la arrancó de sus pensamientos. Una persona se acercaba a pie.

Cogió los prismáticos y los enfocó. Lo único que veía era que algo se movía, con unos andares algo arrítmicos. En ese momento, la luz del faro barrió el camino y descubrió de quién se trataba. Era el Viejo Tim. Se había detenido en la curva junto a la playa y permanecía de pie, apoyado en el bastón, de espaldas al mar y con el rostro orientado a la granja de los Wigander.

Estuvo así mucho rato antes de darse la vuelta y comenzar a caminar de nuevo hacia su casa.

Cecilia se preguntó cuánto llevaría la gente llamándole el *Viejo* Tim, y cuántos años tendría en realidad. Ella sabía que había trabajado como marinero, pero de eso hacía mucho tiempo. Había tenido una larga vida llena de experiencias. A veces contaba pequeñas anécdotas de situaciones que había vivido, pero Cecilia siempre se quedaba con la sensación de que había algo que no contaba. Además, se enteraba de casi todo lo que ocurría en la zona, como cuando los había visto subir a la granja de los Wigander; aunque seguramente no compartía todo lo que sabía. Su madre había tenido la misma sensación, y había dicho que el Viejo Tim era un hombre lleno de secretos.

Lo siguió con los prismáticos hasta que lo vio regresar a su casa. Después, se reclinó en la silla y notó que le estaba entrando sueño.

Esa noche de verano fue corta, y apenas había empezado a amanecer cuando despertó a Leo.

—¿Ha pasado algo? —bostezó él.

Cecilia negó con la cabeza.

—Creo que todo el mundo está durmiendo, a excepción de Christian Lasson —respondió ella, e hizo un gesto con la cabeza hacia la Casa de la Playa. Las ventanas estaban iluminadas. Detrás de las cortinas blancas se podía vislumbrar al pintor deambulando frente a un lienzo.

—A ver si podemos hablar con él —dijo Leo—. Sobre Levi Hildonen.

Cecilia soltó un gruñido como respuesta y se acomodó en el colchón. Quería llenar el resto de la noche de sueños.

CAPÍTULO 16
L

Cecilia se levantó media hora antes de lo necesario para preparar el desayuno. Une le había tomado el relevo a Leo. Se le cerraban los ojos de cansancio, pero sonreía y estaba claramente contenta de que la guardia nocturna hubiese acabado.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Cecilia.

Une negó con la cabeza y se acurrucó debajo del edredón.

Cecilia bajó a hurtadillas hasta la recepción vacía. Pulsando algunas teclas entró en el sistema informático. Solo había dormido cuatro horas, y le crujió la mandíbula al bostezar.

Lo primero que hizo fue imprimir una relación histórica de todos los huéspedes de la habitación 118 en el último año. Obtuvo 97 nombres incluido el suyo propio, que también se había introducido en el sistema y figuraba el primero en la lista.

Mientras la impresora se ponía en marcha, buscó la habitación 205 y a la mujer de las joyas. *Svanhild Fjell.* El nombre le resultaba familiar, sin que supiese por qué.

Desconocía en qué habitación se alojaba el hombre de las gafas de sol que había estado deambulando por los búnkeres, ni tampoco el tipo de pelo grasiento que había aparecido el día anterior, por lo que también imprimió una lista con los nombres de todos los que estaban alojados en la pensión. Cuando se disponía a desconectarse del sistema, se mordió el labio inferior y se quedó pensando en el diario de su madre. A continuación, rellenó algunos campos de búsqueda que le permitirían obtener una lista de todos los que se habían alojado en la pensión el verano anterior y cuyo nombre empezaba por L.

Aquella mañana, Frank Kobolt no fue el primero en bajar a la sala de desayunos. No apareció hasta casi las nueve, pero se sentó en la mesa de siempre. Diez minutos más tarde llegó la mujer enjoyada, la que se llamaba Svanhild Fjell. Se sentó a una mesa al otro extremo de la sala. Aquel día tampoco llevaba muchas joyas, solo una sencilla cadena en el cuello y un anillo en el dedo anular derecho, donde la madre de Cecilia había llevado su alianza.

Después de terminar de servir el desayuno, Leo, Une y Cecilia se reunieron en la estancia de la torre. Estaban cansados y se sentían algo apáticos tras pasar la noche en vela.

Cecilia colocó las páginas del listado de los huéspedes en el suelo y

se sentaron.

—La mujer de las joyas se llama Svanhild Fjell —explicó.

—Svanhild Fjell —repitió Leo—. Ese nombre me suena de algo.

Se levantó y fue a buscar el montón con todos los recortes que habían impreso de lo que ponía en el periódico *VG* sobre el robo.

—Aquí —dijo leyendo en voz alta—:

> El propietario, Knut Fjell, está desesperado.
> — Resultó tan irreal encontrar aquel agujero en la pared, como si fuesen los Golfos Apandadores del Pato Donald los que estuviesen detrás de todo esto —declara.
> Él y su mujer, Svanhild, son los propietarios de la joyería en el centro de Oslo.

Une se entusiasmó tanto que se levantó del suelo de un salto.

—Es una de los propietarios —exclamó—. Por supuesto, iba cargadita de oro.

—¿Tienes el listado de todos los que se han alojado en la habitación 118? —preguntó Leo.

Cecilia asintió y empujó el fajo de papeles hacia él.

—Se remonta a hace un año. Hay muchos nombres, y podrían haber escondido la llave antes.

—Es un comienzo —estableció Leo, y comenzó a ojear el listado.

Cecilia se puso a leer la otra lista, la de los huéspedes cuyo nombre empezaba por L, pero fue interrumpida enseguida.

—Vaya, vaya —dijo Leo, lanzando una de las hojas al suelo.

Egon alzó la cabeza y lo miró, pero volvió a tumbarse, perezoso.

—Levi Wigander —leyó Leo—. Se registró en la habitación 118 el 27 de julio del año pasado y se alojó allí durante cuatro días.

—Levi Wigander. Debe ser un nombre falso que usó Levi Hildonen, por eso de que vivió en la granja de los Wigander cuando era niño.

—Y mira la fecha —comentó Une—. Llegó a la pensión el mismo día del robo en Monteoro.

—El plano y la llave —dijo Leo. Estaba tan emocionado que hablaba de forma incoherente—. También lo entendéis, ¿no? Debió haber traído el botín hasta aquí para esconderlo. ¡El Reloj maltés está en alguna parte de la Bahía de los Veleros!

—No recuerdo haberlo visto por aquí el verano pasado —comentó Cecilia, y echó un vistazo a la imagen del preso fugado que Leo había colgado en la pared—. Es raro que nadie lo reconociese cuando llegó.

—Tus padres no sabían quién era —le recordó Leo—. Y seguramente hizo todo lo posible por mantenerse oculto. Es probable que no se mostrase en público, para no encontrarse con el Viejo Tim u otros conocidos.

—Pero los periódicos escribieron que había dos atracadores —dijo

Une, y echó un vistazo a la lista de huéspedes—. Al parecer, llegó hasta aquí solo o, en cualquier caso, no se registró a otros hombres solteros en el mismo día.

—Es posible que se separasen después del robo —dijo Leo—. Solo detuvieron a Levi —comentó hojeando los artículos del periódico—. En su día no publicaron su nombre. No lo desvelaron hasta ahora, que se ha fugado y lo están buscando.

Egon se había contagiado de su entusiasmo. El perro se había levantado y pisoteaba alegremente el resto de las listas que había esparcidas por el suelo.

—Y escuchad esto —dijo Leo, leyendo del periódico—. *El hombre acusado, de 37 años, rechaza tener nada que ver con el robo, aunque se ha negado a explicar dónde se encontraba la noche en que tuvo lugar el atraco, ni cuáles fueron sus movimientos en los días posteriores…* —Leo agitó el periódico—. Estuvo aquí —clamó casi gritando—. Estoy convencido.

Egon se dio la vuelta, fue hacia la escalera y soltó un ladrido. La madera crujió. Se giraron hacia la puerta justo cuando la cabeza de Alan apareció en la escalera.

—Hola —dijo con una sonrisa—. Así que es aquí donde estabais.

Rascó a Egon detrás de la oreja. En realidad, los perros no tenían permitida la entrada a la pensión, pero mientras solo estuviese en la torre y nadie se quejase, no había problema.

—¿Pasa algo? —le preguntó Cecilia.

Su padre prácticamente no subía nunca a la habitación de la torre, y le pareció ver en su rostro que no todo iba como debía.

—No lo sé muy bien —respondió su padre, y se sentó en el suelo, en la parte superior de la escalera.

Se quedaron esperando a ver qué tenía que decir.

—¿Cómo estaba la 118 cuando te fuiste de allí?

—¿A qué te refieres?

—Creo que alguien ha entrado esta noche —explicó su padre.

—¿Por la fuerza?

—Sí, tanto la puerta como el marco están destrozados —continuó—. Parece que alguien ha usado una pata de cabra o algo para forzar la entrada.

—¿Qué puerta? —preguntó Cecilia—. ¿La que lleva al jardín trasero o la del pasillo?

—La del pasillo.

—¿No notaste nada? Tu habitación está justo enfrente.

Su padre negó con la cabeza.

—¿Han robado algo? —preguntó Leo.

—No. Eso es lo raro. Realmente no había nada que robar ahí. La habitación estaba vacía. Tú fuiste la última persona que la ocupó. —

Hizo un gesto con la cabeza señalando a Cecilia—. Por eso quería consultarlo con vosotros.

Su padre se levantó de nuevo.

—A ver si puedo arreglarlo. La puerta se puede cerrar, pero no tiene muy buena pinta.

—¿Has hablado con la policía?

—Sí; aunque no se hayan llevado nada, me pidieron que fuese a la comisaría a poner una denuncia. Solo quería hablarlo con vosotros primero.

Los tres se miraron cuando Alan se hubo marchado de nuevo.

—Es posible que Levi haya venido a buscar el plano y la llave —mencionó Une.

—Ni siquiera sabemos si es suyo o si tiene algo que ver con el Reloj maltés —les recordó Cecilia.

—Claro que tiene que ver —dijo Leo—. Pero hemos estado vigilando sin ver a nadie entrar o salir. Eso significa que lo más probable es que lo haya hecho alguien que se hospeda en la pensión. —Recogió la lista que contenía los nombres de los huéspedes que se alojaban allí en aquel momento—. Algunos de estos.

Cecilia cogió otro listado. El que contenía los nombres que empezaba por L y que se habían alojado en el hotel cuando su madre escribió su diario. Un nombre le llamó especialmente la atención. *Levi Wigander*.

CAPÍTULO 17
LA CASA DE LA PLAYA

Repasaron sistemáticamente el listado de huéspedes de la última noche. Eliminaron a todas las familias con hijos y a los jubilados. Al final, se quedaron con cuatro huéspedes que se alojaban solos. Cuatro posibles ladrones:

Frank Kobolt, habitación 204
Svanhild Fjell, habitación 205
Morten Krogh, habitación 107
Anders Hansen, habitación 112

—Sabemos quiénes son Svanhild Fjell y Frank Kobolt —dijo Leo.

—Morten Krogh se registró anoche —dijo Une—. Entonces debe ser el tipo del pelo grasiento. Vino solo —concluyó ella.

—Y Anders Hansen puede ser el de las gafas de sol que hablaba con Arturo —añadió Cecilia—. El que vi en la zona de los búnkeres alemanes.

—Estos son los cuatro que debemos vigilar a partir de ahora —constató Leo—. Además, Levi Hildonen anda por aquí en alguna parte. Estoy segurísimo.

—También hay otra cosa —dijo Cecilia.

Había decidido compartir el contenido del diario de su madre. Fue a buscarlo y les contó todo sobre los encuentros secretos con *L.*

—¿Crees que se veía con Levi Hildonen? —exclamó Une incrédula —. ¿Por qué iba a hacerlo?

—En cualquier caso, nos ocultaba algo a mi padre y a mí.

Cecilia buscó la última página del diario.

—*Tengo que cambiarme ante de encontrarme con L. Quizá sea la última vez. Eso espero.* Ese día, Levi «Wigander» es el único que se hospedaba en la pensión cuyo nombre empieza por L.

—No parece que le apeteciese verlo —dijo Une.

Se cernió el silencio sobre la estancia. Todos sabían que había dejado la pensión poco tiempo después de escribir esas últimas palabras, y que nunca había regresado.

—¿Y si vamos a hablar con Christian Lasson? —propuso Leo, y se acercó a la ventana—. Conocía a Levi Hildonen cuando vivía aquí.

—Quizá lo mejor sea que solo vaya uno de nosotros —dijo Une con precaución—. La persona que mejor lo conozca. No le gusta que lo

molesten.

Une y Leo miraron a Cecilia. Ella asintió.

—Yo puedo hacerlo —dijo levantándose.

Dos minutos más tarde se encontraba delante de la Casa de la Playa, la morada del conocido pintor. Era una casa de ladrillos con paredes encaladas y un tejado de tejas rojizas. La hiedra y la madreselva en flor trepaban por las paredes de la casa y se entrelazaban alrededor de las ventanas enmarcadas en hierro forjado.

Podía oír el sonido de música a un volumen bajo desde dentro. Era una especie de melodía a flauta. La puerta disponía de una amplia ventana de vidrio esmerilado que tintineó suavemente bajo el toque de su mano. No acudió nadie, y volvió a llamar a la puerta. Cuando esta vez tampoco obtuvo respuesta, Cecilia abrió la puerta empujándola con cuidado. El olor a pintura penetró a través de sus fosas nasales cuando cruzó el umbral.

—¿Hola? —dijo en voz alta.

La cabeza de Christian Lasson se asomó por una puerta al final del pasillo.

—¡Oh! Hola, Cecilia —dijo recogiendo un trapo para secarse las manos—. Pasa.

Ella siguió caminando y entró en el estudio de Christian Lasson. «El atelier», como era conocido. Tenía amplios ventanales hacia el mar que inundaban de luz la estancia. En el centro del estudio había un enorme caballete con el cuadro en el que estaba trabajando el pintor. Representaba a varias personas alegres alrededor de una mesa de jardín, y a Cecilia le recordó al festival de verano aquel día en que su madre desapareció.

Al fondo del atelier había una puerta abierta que daba a un cuarto oscuro. A lo largo de las paredes había altas mesas de trabajo alargadas. En la mesa más cercana había platos y vasos sucios de la pensión desperdigados por todas partes.

—Pensé que podía bajar a buscar los platos sucios —se le ocurrió decir a Cecilia.

Lasson permaneció observándola, como si no comprendiese a qué se refería. Cecilia atravesó el suelo manchado de pintura y señaló los platos usados.

—Sí, lo siento —dijo siguiéndola con la mirada mientras se pasaba una mano por el pelo alborotado—. Debería haberlos subido yo.

—No pasa nada —dijo ella, y comenzó a apilarlos. Mientras recogía se giró hacia él e intentó preguntarle como por casualidad—: ¿Es cierto que vivías aquí de niño?

Fue como si algo se oscureciese en la mirada de Christian Lasson. Acto seguido, asintió.

—Vivía en la casa que hay encima de la cuesta, pero eso fue hace

muchos años.

—¿Conocías entonces al hombre que aparece en los periódicos? —preguntó Cecilia—. El que se ha fugado de la prisión.

Se escuchó un ruido desde el cuarto oscuro al otro lado del atelier. Christian Lasson atravesó el estudio y cerró la puerta.

—Yo no leo mucho los periódicos —respondió vacilante.

La puerta volvió a abrirse lentamente tras él y quedó entreabierta.

—Levi Hildonen —explicó Cecilia—. Por lo visto, vivió en la granja de los Wigander.

—Ah, ¿sí? —soltó Christian Lasson—. ¿El Levi? Ni siquiera sabía que estaba en la cárcel, pero no me extraña.

Cecilia dejó la pila de platos sucios sobre la mesa y le contó lo que ponía en el periódico.

—Pero lo conocías, ¿no? —concluyó.

—Tenemos la misma edad —asintió Christian Lasson, y se sentó en una silla de madera—. Y vivíamos justo al lado cuando éramos pequeños, pero no jugábamos mucho.

—¿Por qué no?

—Éramos muy diferentes. Los juegos a los que él quería jugar eran muy violentos y peligrosos. Era uno de esos chicos que siempre buscan emociones fuertes. A mí me gustaba más dibujar y pintar.

Cecilia permaneció inmóvil. Quería que le contase más cosas.

—Lo que más le gustaba era colarse tras las alambradas de púas para bajar a los búnkeres de los alemanes —continuó Christian Lasson —. La mayoría de los accesos están tapiados y sellados con gruesas puertas de acero y fuertes candados, pero el Levi siempre encontraba atajos y recovecos para entrar de todas las formas. En una ocasión, encontró un montón de mapas, con planos de todas las instalaciones. —Christian Lasson se acercó a la ventana y miró hacia la zona de los búnkeres—. ¿Has estado allí?

Cecilia abrió la boca para responder, pero no consiguió decir nada. Volvía a tener la sensación que había experimentado cuando estaban arriba en el faro. La sensación de estar a punto de aprehender algo que la ayudaría a entender cómo todo estaba relacionado, solo que esta vez lo comprendió. Supo para qué servían el plano y la llave que habían encontrado debajo del cajón del escritorio.

—Tengo que irme —dijo rápidamente.

Christian Lasson se levantó de la silla.

—Te pareces mucho a tu madre —dijo—. ¿Lo sabías?

Cecilia asintió. Se lo habían dicho antes.

—Le prometí guardar un secreto antes de que desapareciese —continuó—. Pero creo que debería compartirlo contigo.

Cecilia notó que el corazón le latía con más fuerza.

—Acompáñame —añadió dirigiéndose a la puerta entrecerrada—.

Te lo voy a mostrar.

CAPÍTULO 18
UN VESTIDO ROJO

Cecilia vaciló. Había algo en la oscuridad de la otra habitación que no le gustaba. Le desagradaba que el secreto de su madre se encontrase guardado en una oscuridad así.

—Acompáñame —repitió Christian Lasson.

Abrió la puerta por completo y dio con el interruptor. La habitación quedó bañada en luz.

Parecía un pequeño almacén para guardar pinturas, lienzos en blanco y obras terminadas. Cecilia entró tras él. Pegado a una pared había un viejo sofá verde con una manta de lana cubriendo un lado. Arriba, en la pared, había una rejilla de ventilación que hacía el ruido que Cecilia había escuchado desde el atelier. Se abrió al soplar una ráfaga de viento, antes de volver a cerrarse de nuevo.

Christian Lasson se acercó a una fila de cuadros apoyados unos contra otros y extrajo un lienzo cubierto con una sábana blanca. Lo alzó y lo colocó en el sofá antes de retirar la sábana.

Cecilia pegó un respingo y dio un paso atrás.

Era un retrato de su madre. Estaba en una playa con una sonrisa que le iluminaba la boca y los ojos azules, justo como Cecilia la recordaba.

A continuación, dio un par de pasos hacia delante y se acercó al lienzo, levantando la mano para tocarlo. Sin embargo, se detuvo y giró el rostro hacia Christian Lasson, que sonrió y asintió con la cabeza.

—¿No es hermosa? —preguntó él.

Cecilia no respondió, pero deslizó la mano sobre su cabello rubio, que caía en suaves ondas alrededor de los hombros. Abrió la boca para decir algo, pero no fue capaz de pronunciar palabra.

—Iba a ser un regalo para tu padre —dijo Lasson, que se colocó a su lado—. Quería darle una sorpresa.

De repente, las palabras del diario de su madre cobraron un nuevo significado totalmente diferente: *Pasé tre horas con L. Es importante que Alan no se entere de nada. Todavía no.*

—Tuve que convencerla para posar, aunque creo que al final le pareció divertido.

L me ha heho una propueta maravillosa.

—Lo acabé la noche en que desapareció.

—L —dijo Cecilia—. Tú eres L.

Lasson no parecía comprender a qué se refería.

—El vestido rojo —continuó Cecilia, y dejó que uno de sus dedos se deslizaran a lo largo del canto blanco en la parte inferior de la tela del vestido. Ese era el vestido que llevaba en la foto de los hombres con la camilla—. Por eso se cambió —murmuró—. Para ponerse este vestido.

—Me pareció que estaba muy guapa con este vestido —dijo Christian Lasson—. Me gustaban sus hombros desnudos y el pelo rizado. El otro vestido está aquí.

Lasson se acercó a un armario y lo abrió. Cecilia reconoció el vestido rojo que llevaba su madre en la foto que Ebba había tomado justo antes de que desapareciese.

—Creo que te quedaría bien —dijo Lasson, y sacó el vestido del armario.

Cecilia no respondió. Alzó la mano de nuevo y la colocó en medio del cuadro, contra el pecho de su madre y el medallón que colgaba de una cadena alrededor del cuello. Incluso en la pintura de Christian Lasson aparecían representados el angelito y el niño de la tapa.

—¿Lo llevaba puesto cuando estuvo aquí la última noche? —preguntó Cecilia girándose hacia el pintor.

Al parecer, tuvo que pensarlo un poco.

—Siempre lo llevaba consigo —respondió al final.

—No siempre —replicó Cecilia—. No cuando la encontraron.

Christian Lasson la observó sin decir nada, antes de volverse hacia el cuadro.

—¿Crees que le gustaría tenerlo? —preguntó.

—¿A quién?

—A tu padre. Lo hizo por él. Era para él.

Cecilia se limitó a asentir.

—Se va a poner muy contento. —Entonces se apoderó de ella otro pensamiento—. ¿Dijo algo cuando estuvo aquí aquella última noche? ¿Dijo adónde iba o cualquier otra cosa?

Una sonrisa torcida se dibujó en la comisura de los labios de Christian Lasson.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Se encogió de hombros.

—Cuando pinto, uso los ojos, no los oídos —explicó—. No escucho, o al menos no pienso en lo que la gente dice o de qué habla.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

Se encogió de hombros.

—Una hora, quizá. La necesitaba para acabar el cabello. Después de marcharse, seguí trabajando en el mar y los acantilados de la Punta de las Anguilas. No fue hasta varias horas más tarde cuando me di cuenta de que algo debía haber ocurrido.

—Pero ¿no le contaste a nadie que había estado aquí?

—Era su secreto. Podía volver, y no quise desvelarlo mientras tanto.

Cecilia se quedó pensativa. En la foto que Ebba había tomado a su madre durante el festival de verano ponía la hora en la parte inferior: 23:49. Un cuarto de hora más tarde se había marchado, pero no había desaparecido. Estaba en este atelier, y no desapareció hasta una hora más tarde, cuando se marchó de allí con el vestido del borde blanco.

Este hilo de pensamientos fue interrumpido por el sonido de un mensaje en el teléfono móvil. Era de Leo: «¿Por qué estás tardando taaaaantooo?».

Entonces se dio cuenta de que tenía que apresurarse para volver con los demás. Había resuelto el misterio. No solo el misterio de los dos vestidos rojos, sino también otro más importante en ese momento. Sabía dónde podía estar escondido el Reloj maltés.

CAPÍTULO 19
246/312-3

Lo siento —dijo Cecilia cuando regresó a la estancia de la torre—. Me ha llevado más tiempo de lo previsto.

—¿Sabía algo de Levi Hildonen? —preguntó Leo.

Cecilia negó con la cabeza y se acercó a la cómoda sobre la que estaba la foto de su madre que tenía la hora en la parte inferior. En la pared de detrás estaban colgados todos los recortes de prensa sobre su desaparición un año atrás.

—En realidad, no —respondió cogiendo la foto—. Pero mi madre había estado en su casa —continuó—. Lasson es la L de su diario. Estuvo allí antes de desaparecer.

Leo frunció el entrecejo y Cecilia se lo contó todo.

—Conocemos una hora más —zanjó, y volvió a colocar la foto—. Una hora más de su vida.

—¿Cuándo vais a entregar el retrato a tu padre? —preguntó Une.

—No lo sé —respondió Cecilia—. No acordamos nada. Regresé a toda prisa.

Descolgó el viejo plano de los pasadizos y los cuartos con ángulos y formas inusuales.

—Sé dónde está esto —dijo, y colocó el dedo en la cruz.

Leo abrió los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Es uno de los búnkeres de los alemanes —explicó Cecilia lanzando una mirada por la ventana hacia donde estos se ubicaban, al oeste del faro.

Leo le quitó el plano de las manos.

—Creo que tienes razón —constató—. Parece cuadrar con los largos corredores y esos cuartos extraños.

—Une y yo hemos estado allí —dijo Cecilia recuperando el plano—. Casi todo está tapiado o sellado con viejas puertas de acero.

—¿Ah, sí?

—Todas las puertas llevaban un número, por lo menos muchas de ellas. Lo recuerdo. ¿Verdad, Une?

Une asintió. Acto seguido, Cecilia abrió los ojos, de par en par como si de repente se hubiese percatado de algo.

—Un número como este —continuó Cecilia señalando el número que figuraba en la parte inferior derecha del plano: 246/312-3—. Solo tenemos que encontrar la puerta correcta.

Leo se quedó mirándola fijamente. Entonces dio algunos pasos veloces hacia la escalera.

—¿A qué estamos esperando?

Cecilia recogió una mochila pequeña, introdujo dos linternas y ya estaba preparada.

Pedalearon en las bicicletas hasta donde el camino polvoriento se bifurcaba, dirigiéndose por la derecha hacia el molino, y por la izquierda, al faro de Punta de las Anguilas. El sendero cubierto de vegetación que llevaba hasta los búnkeres seguía todo recto, y lo llamaban simplemente la senda de los alemanes. Dejaron ahí las bicicletas y continuaron a pie. Exuberantes racimos de madreselva de anchas hojas serpenteaban sobre los troncos de los árboles a ambos lados. Tras recorrer algunos cientos de metros, el sendero acababa delante de una vieja verja de alambre que se mecía de un lado a otro como un barco escorado. A ambos lados de la verja se alzaban alambradas coronadas por alambre de espinos.

Se agacharon y, arrastrándose por debajo de la verja, emergieron a una meseta. A su alrededor podían ver los esqueletos de hormigón de los búnkeres por todas partes. Una bandada de aves planeaba sobre una zona de densos matorrales. Permanecían suspendidas en el aire para luego precipitarse hacia el suelo con graznidos estruendosos. Por lo demás, un silencio y un completo abandono reinaban en la zona.

Leo saltó dentro de un pasadizo de hormigón que conducía al interior de la instalación. Cecilia y Une fueron tras él con Egon. Los altos muros se habían construido para que los soldados alemanes destinados allí pudiesen moverse libremente entre las diferentes partes de la instalación. El sol no los alcanzaba. Era un lugar frío y sombrío, y olía mal. A hojas podridas que con el tiempo se habían convertido en lodo amarronado.

El pasillo estaba lleno de piedras sueltas, ramas y trastos viejos, pero no resultaba difícil atravesarlo. En algunos sitios había aberturas en el muro que conducían a pequeños almacenes. Los exploraron únicamente para asegurarse de que no había pasillos que se adentrasen aún más.

—¡Ahí! —gritó Leo, y señaló una puerta de acero más adelante.

Echaron a correr hacia ella. Estaba cerrada con un viejo candado. En la esquina superior derecha del metal aparecía grabado: 246/303-3.

Cecilia comprobó el plano.

—No es esta —constató—. Pero debemos andar cerca. Tenemos que ir a la 246/312-3. Solo hay una diferencia de nueve números.

Siguieron avanzando por el pasadizo, que se retorcía hasta el borde de la montaña, donde había unas mirillas estrechas en el muro de hormigón orientado al mar. A lo largo de la otra pared había varias

puertas de acero. Ninguna tenía la combinación de números que buscaban, pero eran más altos que los de la primera puerta, lo que debía significar que estaban acercándose.

El pasaje conducía a una plataforma en donde se detuvieron y permanecieron contemplando el mar. Cecilia experimentó la vaga y desagradable sensación de que no estaban solos, de que alguien los estaba vigilando. Se dio la vuelta y miró hacia tierra firme. Lo único que vio y escuchó fueron las aves negras que sobrevolaban los matorrales.

Leo se agachó y recogió el casquillo vacío de un viejo cartucho.

—¿De la guerra? —preguntó Une.

—Quizá —respondió Leo, y lo frotó para limpiarlo de arena antes de llevárselo al labio inferior para producir un silbido soplando contra el borde.

Egon soltó un fuerte ladrido. Une se agachó y le rascó detrás de las orejas antes de que continuasen caminando.

Justo después de doblar una esquina se toparon con una grieta en el grueso hormigón, como si hubiese explotado una granada precisamente en ese lugar. Varillas de hierro oxidadas sobresalían de las paredes, y tuvieron que trepar sobre un montón de trozos de cemento para seguir avanzando.

En esa zona del pasillo, los árboles del exterior del muro de hormigón habían crecido mucho, y sus ramas colgaban sobre ellos a modo de tejado. El aire era más fresco y húmedo, y olía a tierra y hojarasca. Las paredes estaban cubiertas de musgo y la luz del sol que se filtraba entre el follaje dibujaba nerviosas sombras cambiantes.

Parecía que el pasadizo llegaba a su fin unos diez metros delante de ellos, sin embargo, formaba un ángulo recto hacia la derecha.

Egon iba a la cabeza con el hocico pegado al suelo. Tras recorrer unos quince metros, se detuvo delante de una puerta de acero gris, como si hubiese comprendido que esta era el destino del trayecto.

Une leyó el número de la puerta en voz alta:

—246/311-3.

—Es la siguiente —constató Leo, que siguió avanzando. Pudieron ver que el tirador de la siguiente puerta sobresalía de la pared unos treinta metros más adelante.

—¡Por fin! —gritó al alcanzarla.

No necesitaron comprobar el viejo plano para cerciorarse de que habían encontrado la puerta correcta. Los tres se sabían el número de memoria. *246/312-3* aparecía grabado en la esquina superior.

—¡Mirad! —exclamó Cecilia señalando el lugar en donde las otras puertas habían estado cerradas con candado.

Dos argollas de hierro eran lo único que quedaba. En el suelo, junto a la puerta, descubrieron un recio candado que alguien había forzado.

Los tres amigos se miraron. Leo dio un paso al frente. Escamas de pintura gris se desprendieron junto a trocitos de óxido cuando asió la gran palanca de acero y tiró de la puerta.

CAPÍTULO 20
PARED DE HORMIGÓN

La puerta era pesada y las bisagras chirriaron cuando Leo forzó su apertura. El sonido fue arrojado de vuelta como un eco desde el interior de la oscura habitación. Gran parte del umbral estaba cubierto de telarañas plateadas llenas de insectos atrapados que se pegaron a las manos de Leo.

Cecilia sacó las dos linternas y entregó una a Une antes de encender la suya e iluminar el interior de la habitación.

Entraron a un cuarto de apenas dos metros cuadrados. El ambiente era frío y olía a humedad. A lo largo de la pared del fondo había un banco de madera largo y gris. En el suelo vieron un rollo de cuerda gruesa, unos periódicos hechos jirones y botellas de cerveza rotas.

—Egon —dijo Une alzando la voz.

El perro no quiso hacerle caso y protestó cuando lo levantó para que no pisase los cristales rotos.

Cecilia notó que estaba helada. Se le puso la piel de gallina. Dejó que el rayo de luz recorriese los rudos muros de hormigón. Algo parecido a una baba viscosa caía del techo. Los últimos soldados que habían pasado por aquel lugar, o posteriormente otros curiosos como ellos, habían grabado letras y palabras en el hormigón.

—Esto no cuadra —dijo Leo, que llevaba el plano en la mano. Su mirada alternaba entre este y las paredes a su alrededor—. Se supone que debería haber un pasillo que se internase todavía más.

Cecilia se inclinó sobre el plano, miró a su alrededor y se acercó a la pared donde, según este, debería haber una abertura que les condujese al cuarto señalado con una cruz. En el muro había una zona cuadrada más clara que el resto.

—Aquí había una puerta —dijo—. La han tapiado.

—¡Será posible! —se lamentó Leo.

—El Viejo Tim nos lo contó —añadió Une—. Justo después de la guerra, tapiaron casi todo lo que había aquí dentro.

Leo dio una patada a un trozo de cristal que había en el suelo y este se rompió en pedazos aún más pequeños contra la pared en la que, hacía cincuenta años, había habido una puerta.

Cecilia quedó pensativa. Colocó la mano sobre la fría pared y la deslizó sobre el borde del cuadrado más claro.

—No cuadra con las fechas —dijo.

—¿Las fechas?

—Esto se construyó hace mucho tiempo —dijo dando unas palmaditas a la pared de hormigón—. Seguramente justo después de la guerra, como nos contó el Viejo Tim.

—Tienes razón —dijo Une, que pareció comprender a lo que se refería—. Si es como pensamos, que la cruz del plano indica dónde está escondido el Reloj maltés, tiene que haber otro acceso.

—Eso es justo de lo que me habló Christian Lasson —continuó Cecilia—. A Levi Hildonen le gustaba jugar por aquí. Aunque la mayoría de los accesos estaban sellados, él siempre encontraba una forma de entrar.

Los ojos de Leo brillaron al escuchar sus palabras.

—Tenemos que ir por la parte de atrás —dijo, disponiéndose a salir de la estrecha habitación.

Los demás lo siguieron. Leo fue corriendo hasta el lugar en donde habían visto unos peldaños en la pared de hormigón que permitían salir del pasadizo en vez de retroceder hasta la entrada por donde habían venido. Los pernos que los sujetaban a la pared chirriaron un poco, pero no se soltaron.

Leo subió primero y se tumbó boca abajo para ayudar a Une con Egon.

Cuando hubieron subido, se quedaron mirando a su alrededor. Todo estaba cubierto de arbustos y matorrales. El acceso trasero a la instalación podía estar en cualquier parte.

Egon soltó un ladrido y pegó el hocico al suelo antes de empezar a caminar. Leo se encogió de hombros. Igual era buena idea dejar que él los guiase.

El perrito marrón los condujo al interior de un bosquecillo. Las agujas de coníferas y las ramas los arañaban a su paso, pero continuaron siguiendo a Egon.

De repente, se detuvo con la cola apuntada hacia arriba. Ante ellos, en el suelo, se abría una grieta. Un barranco bastante estrecho de bordes cortantes. Parecía tener una profundidad de casi diez metros. En el fondo en penumbra podían vislumbrarse rocas cubiertas de musgo y troncos de árboles podridos. Unos pájaros negros trazaban círculos sobre ellos.

Une se agachó al lado de Egon.

—Buen chico —lo felicitó antes de mirar a los demás.

—Tiene que estar aquí —asintió Leo—. Si existe un acceso trasero, debe de encontrarse en un sitio como este.

—¿Cómo vamos a bajar? —preguntó Cecilia con escepticismo—. Será difícil con Egon.

—Iré a por la cuerda —sugirió Leo—. La que había en el búnker.

Cinco minutos más tarde regresó jadeante con el rollo de cuerda de

la 246/312-3. Buscó un tronco de árbol al que atar un extremo de la cuerda antes de lanzar el resto al barranco.

—Puedo bajar el primero —se ofreció alzando a Egon.

Se colocó el perro sobre los hombros y se dispuso a agarrar la cuerda.

—Yo iré primero —dijo Cecilia—. Así puedo coger a Egon cuando bajes.

Asió la cuerda, retrocedió hasta el borde del barranco y tiró de ella. Parecía vieja, pero aguantó bien el tirón. Con una cuerda a la que agarrarse no resultaba demasiado difícil descender. Fue colocando los pies en grietas, pequeñas protuberancias y raíces de árboles que se aferraban a la ladera y así logró bajar sin problemas.

Leo fue el siguiente. Aunque Egon se mantuvo totalmente quieto sobre sus hombros, su peso dificultó la bajada. Siguió los mismos pasos que Cecilia, pero tuvo que hacer un descanso a mitad de camino. Cuando se disponía a continuar, la piedra sobre la que se apoyaba se desprendió. Cecilia se echó a un lado para que no la alcanzase la pequeña avalancha que se desató, y permaneció tumbada boca arriba viendo como Leo oscilaba aferrado a la cuerda a unos cuatro metros por encima.

Este pataleó hasta que finalmente consiguió enganchar un pie en una raíz e introducir el otro en una grieta. De esa manera, tanto él como Egon lograron bajar sanos y salvos.

Une permaneció arriba, en el borde.

—¿Qué ocurre? —gritó señalando los arbustos junto a ellos.

Cecilia dio un paso para acercarse mientras Egon se agachaba y comenzaba a gruñir.

—Parece una bota —gritó Une desde arriba.

Era una bota. Negra, de suela gruesa. Sobresalía de entre los matorrales y no era fácil de ver.

Leo se acercó del todo.

—Hay más —dijo, y apartó las ramas.

Cecilia jadeó. La respiración se le cortó de golpe. Había un hombre entre los matorrales. Yacía boca arriba, con la cabeza hacia abajo y las piernas elevadas. Su rostro estaba pálido y rígido, con manchas de sangre coagulada.

Cecilia alzó la vista hacia el borde del barranco, desde donde debía haber caído el hombre, y luego trasladó la mirada al cadáver. Incluso estando muerto podía ver que se parecía a la foto de busca y captura del periódico. Habían encontrado a Levi Hildonen.

CAPÍTULO 21
LA CONTINUACIÓN

La policía no consiguió recoger el cuerpo de Levi Hildonen hasta las siete y media de la tarde. Hubo que esperar a que unos escaladores colocaran el cadáver en una camilla que luego izaron desde la parte superior del barranco. Durante el tiempo de espera examinaron el lugar del hallazgo. Los técnicos forenses deambularon por los alrededores con monos blancos, como en la tele, pero no encontraron nada.

Se habían acercado muchos de los adultos de la pensión. Rebekka, la madre de Leo, y Alan, el padre de Cecilia, se encontraban allí; también Edgar, el cocinero, así como muchos de los huéspedes. Tanto Frank Kobolt, el relojero Aleksandersen, el huésped del pelo grasiento cuyo nombre creían que era Morten Krogh como el hombre de las gafas de sol, que probablemente se llamase Anders Hansen y que Cecilia había visto en la zona de los búnkeres a través del catalejo del faro, se acercaron al lugar.

Escucharon cómo las personas conversaban sobre Levi Hildonen a su alrededor.

—Me pregunto qué haría entre los matorrales, y dentro de la zona acordonada —dijo la madre de Leo en voz alta, aunque no esperó a obtener ninguna respuesta antes de girarse hacia los tres amigos y añadir—: Debéis volver a casa.

Intentaron no protestar y regresaron con ella a la pensión, donde se quedaron en el porche. Arturo estaba completamente mudo en su jaula, solo se mecía de un lado a otro sobre el columpio.

Mientras permanecían sentados en el porche, pasaron por delante el último coche de policía y el vehículo negro de la funeraria con una cruz en el techo.

El padre de Cecilia salió para hablar con ellos. No se le daba muy bien hablar de cosas que tenían que ver con sentimientos y reflexiones.

—¿Cómo lo lleváis? —preguntó.

—Bien —respondió Cecilia, aunque no era cierto del todo.

Hacía tan solo un mes había encontrado un hombre muerto en la playa. La imagen aparecía cada dos por tres en su retina y sabía que, en el futuro, también la perseguiría el recuerdo del difunto Levi Hildonen.

Los padres de Une también se acercaron a la pensión, y entonces fue

su turno de contar lo que habían vivido.

Hablaron de lo que habían sentido, pero no de lo que estaban pensando: que en cuanto terminasen de hablar, volverían a buscar la entrada trasera del búnker.

Eran casi las diez de la noche cuando los tres al fin se quedaron solos.

—¿Esperamos hasta mañana? —preguntó Cecilia.

Sus amigos negaron con la cabeza.

Un cuarto de hora más tarde estaban de vuelta en el barranco. Llevaban un par de linternas más y una cuerda de repuesto que servía de línea de seguridad, como la que habían visto usar a los escaladores.

—La policía ha estado inspeccionando el lugar —dijo Une cuando llegaron al fondo—. No es seguro que exista un acceso por aquí.

—Tiene que estar aquí —dijo Leo—. La policía solamente examinó el lugar donde lo encontraron y el borde por el que cayó.

Exploraron el barranco concienzudamente, metro a metro. Fue Une la que encontró la entrada.

Entre dos enormes bloques de piedra había una estrecha rendija, prácticamente oculta entre los arbustos y los matorrales. Avisó a los demás e iluminó el interior con la linterna. El angosto pasadizo se internaba profundamente en la montaña.

—¡Tiene que ser aquí! —dijo Leo con entusiasmo.

Sin que les diese tiempo a discutirlo, Leo se tumbó boca abajo y se adentró en él.

—Yo voy la última con Egon —dijo Une.

Cecilia se agachó y miró hacia el interior.

—Después se ensancha —gritó Leo.

Vaciló un instante, pero enseguida encendió la linterna y fue tras él.

En el interior hacía un frío terrible. Las telarañas se le pegaban de forma desagradable a la cara. Las paredes oscuras absorbían gran parte de la luz de la linterna, pero se veían las marcas de los picos y las palancas que habían empleado los que habían excavado este pasadizo secreto.

El espacio se ensanchaba, pero parecía acabar en la nada. No fue hasta alcanzar a Leo que Cecilia descubrió una escotilla de hierro delante de ellos. Estaba completamente oxidada y colgaba de unas bisagras torcidas. Leo iluminó el quebradizo metal de color ocre.

—No hay ninguna manilla —constató mientras palpaba el borde con las manos—. Debe estar pensada para que puedan escapar los que están dentro del búnker, no para que entre alguien.

No le dio tiempo a decir nada más antes de que sus dedos lograran asir algo debajo de la trampilla de hierro y esta se abriese hacia ellos.

Leo apuntó hacia la entrada con la linterna. La luz penetró profundamente en el interior de un cuarto que recordaba a un sótano.

Las paredes de piedra relucían de humedad.

Cruzaron miradas sin decir nada antes de entrar con cuidado a gachas. Era imposible adivinar para qué se había usado aquel cuarto. No quedaba ningún mueble y del techo habían caído trozos de cemento que crujían bajo sus pies.

Cecilia temblaba. No solo a causa del frío que hacía. Tenía la sensación de encontrarse en una cripta.

—El plano —dijo Leo. Su voz era titubeante y su aliento se convertía en humo blanco en el cuarto helado.

Cecilia lo extendió delante de ellos. No fue fácil determinar de qué habitación se trataba, pero debían encontrarse en el lado contrario de lo que era la entrada principal. Eso significaba que el cuarto marcado con una X no podía estar muy lejos.

La habitación en la que se encontraban tenía dos accesos más. Optaron por el de la izquierda y recorrieron un breve pasaje de piedra antes de penetrar en una estancia octagonal donde había una especie de máquina con una enorme manivela y ruedas dentadas oxidadas. Desde la máquina sobresalían unas varas de acero que ascendían a través de un respiradero en el techo.

—Tenemos que estar por aquí más o menos —opinó Leo mientras señalaba en el plano una de las habitaciones con la misma forma que la estancia en donde se encontraban—. Por aquí —continuó apuntando hacia un pasillo.

Egon gruñó; no parecía estar muy a gusto en la oscuridad.

Continuaron pasando huecos oscuros a ambos lados. Leo los condujo a través de uno de ellos y luego pasaron nuevas estancias. Todas parecían iguales, pero una de ellas tenía un agujero en el suelo de piedra, algo que debía significar que una vez había contenido retretes y duchas. A continuación, recorrieron un pasadizo que probablemente había sido una cocina, puesto que quedaban varios fogones viejos.

El rayo de luz procedente de la linterna de Cecilia se sacudía. Le temblaban las manos como si tuviesen vida propia, y no sabía si era porque hacía frío o porque tenía miedo. Lo que tenían por delante no resultaba tan aterrador, pues quedaba al descubierto bajo la luz de las linternas, pero era como si la oscuridad los envolviese por detrás, y no podía librarse de la sensación de que algo se escondía ahí, entre las sombras.

—¡Shhh! —susurró.

Los demás se detuvieron.

—Me parece haber oído algo.

Se giró e iluminó el pasillo por el que habían venido. Se escuchó el goteo de agua en alguna parte. Por lo demás todo estaba en silencio.

—Venga —dijo Leo, y continuó caminando.

Cecilia lo siguió, pero se detuvo enseguida.

—¡Ahí está otra vez!

Ahora todos lo escucharon. Era el sonido de algo arrastrándose que desapareció justo en el momento en que se detuvieron.

—Eco —explicó Leo—. Solo es el eco de nuestros pasos.

Egon gruñó, como si no estuviese de acuerdo. Sin embargo, continuaron caminando hacia la cruz del plano. Finalmente Leo se detuvo delante de una puerta de acero cerrada con un sólido candado que parecía nuevo y reluciente en comparación con las argollas oxidadas a las que estaba sujeto.

—Es aquí —susurró Leo.

Cecilia se acercó a la puerta y dejó la linterna en el suelo antes de agarrar el candado y buscar la llave que había escondida junto al plano. Contuvo la respiración mientras introducía la llave y la giraba. La cerradura soltó un pequeño chasquido.

—¡Toma ya! —exclamó Leo, y abrió la puerta.

El cuarto al otro lado era igual que los demás, excepto porque había una mesa y una mochila apoyadas junto a una pared. En el centro de la mesa, la luz de la linterna se reflejó en la superficie dorada del Reloj maltés.

CAPÍTULO 22
EL TIEMPO SE AGOTA

Leo lo levantó. Era una de las cosas más hermosas que Cecilia había visto jamás, y lucía completamente diferente a la foto del periódico.

—Cuidado —dijo cuando Leo se lo pasó.

—Cinco millones de coronas —murmuró Une cuando le llegó el turno de sostenerlo.

—Cien mil coronas de recompensa —les recordó Leo.

Une colocó el reloj en la mesa con cuidado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cecilia comprobando su teléfono móvil.

No había cobertura en el interior de aquellas gruesas paredes de hormigón, y era tarde. Debían regresar a casa cuanto antes.

—¡Hay más! —gritó Leo. Había abierto la mochila y daba saltitos de emoción—. ¡Aquí está todo!

Cecilia avanzó un paso y miró dentro de la mochila que Leo había abierto. Las joyas, el oro y las piedras preciosas brillaban y refulgían bajo la luz de las linternas.

—Todo —repitió Cecilia, y estaba tan eufórica que apenas podía hablar.

Leo introdujo las manos en la mochila y dejó que los collares, los anillos y otras joyas se deslizasen entre sus dedos. Metió las manos más al fondo y las sacó con una barra de oro en cada una.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—¡No vais a hacer nada en absoluto!

Los tres se sobresaltaron y se dieron la vuelta rápidamente. Las palabras provenían de un hombre que había aparecido en el vano de la puerta. Leo le apuntó con la linterna y el rayo de luz iluminó la cara del hombre del pelo grasiento. Sostenía una barra de hierro que enarboló hacia Leo. El golpe impactó contra la linterna, que se le cayó de las manos y rodó por el suelo de hormigón.

—Yo me ocupo de esto —dijo acercándose a la mochila, al mismo tiempo que los mantenía a raya a los tres con la barra de hierro.

Egon gruñó e hizo amago de abalanzarse hacia el hombre, que giró la barra para pegarle, pero falló. Une agarró al perro para que no volviese a atacar.

—Sabía que lo había escondido por aquí en alguna parte —dijo el tipo, y echó un vistazo rápido dentro de la mochila—. Me habló de todo el oro cuando estábamos en la cárcel. En realidad, era de lo único

de lo que hablaba, y de que añoraba su vida en libertad: el oro y la Bahía de los Veleros. Cuando nos fugamos no fue difícil saber que vendría hasta aquí.

El hombre arrastró la mochila hasta la puerta. Cecilia lo siguió con la mirada. Se dio cuenta de que era el preso que se había fugado con Levi Hildonen. Había venido a intentar encontrar el oro y ellos le habían conducido a él.

—Podéis quedároslo —dijo el hombre señalando el Reloj maltés, que seguía en la mesa, con la barra de hierro—. Es demasiado conocido. No podré venderlo.

Leo avanzó un paso.

—Pero…

—Nada de peros —le interrumpió el hombre. Había arrastrado la mochila hasta el pasillo y agarró la puerta de acero con la mano libre —. ¡Os quedáis aquí! —dijo y dio un portazo.

El estruendo retumbó en el cuarto antes de que volviese la calma y pudiesen oír el sonido metálico del candado al cerrarse.

Leo se acercó corriendo a la puerta y empezó a golpearla con los puños. Dio voces y gritó varios minutos antes de derrumbarse en el suelo delante de la puerta. El silencio y la gravedad de la situación los alcanzó finalmente. Estaban encerrados en una pequeña habitación en el interior de la montaña.

Cecilia fue la primera en hablar.

—Tiene que haber una salida —razonó, y dejó que el rayo de luz de la linterna recorriese los muros—. Es posible que haya un respiradero o algo así. Tal vez una pequeña abertura por donde podamos sacar el móvil para conseguir cobertura.

Sus amigos se aferraron a la misma esperanza. Los rayos de luz exploraron cada centímetro de las paredes, el suelo y el techo, pero no encontraron nada.

—¿Cuánto tiempo pensáis que podemos sobrevivir aquí dentro? — preguntó Leo, y comenzó a inspeccionar la vieja puerta de acero.

—Se puede vivir durante varias semanas sin comida —dijo Une—. Pero no sin agua. Tres o cuatro días, tal vez.

Cecilia empezó a temblar y notó que estaba al borde de las lágrimas, aunque consiguió retenerlas. Los pensamientos giraban vertiginosamente en su cabeza. Estaban encerrados, como en una prisión, y ella temía que el tiempo transcurriese muy lentamente hasta el final.

De repente, escucharon un ruido tras la puerta. Leo retrocedió un paso.

—Hay alguien ahí —susurró.

Les llegó otro sonido. Cecilia tenía ganas de gritar, pero se mordió el labio inferior y asintió como para indicar que Leo tenía razón.

Había alguien fuera. Percibió de nuevo el sonido del candado. Luego la puerta se abrió lentamente y apareció el hombre de las gafas de sol, el tipo molón que había visto a través del catalejo desde el faro. Ya no llevaba las gafas de sol, pero lucía la misma amplia sonrisa que había mostrado cuando había estado hablando con Arturo en el porche de la pensión.

Cecilia sintió el deseo de lanzarse a sus brazos y abrazarlo, pero no consiguió hacerlo antes de que el hombre se agachase y asiese algo que yacía junto a la puerta.

—He pensado que os vendría bien algo de compañía —dijo alzando al hombre que los había encerrado.

Su cuerpo colgaba lánguidamente entre sus brazos y sangraba por una herida en la frente.

—Él es… —comenzó a explicar Leo, pero fue interrumpido por el hombre frente a ellos.

—No se roba a un ladrón —dijo, y dejó caer su cuerpo inconsciente sobre el suelo—. Pensé que todo el mundo lo sabía.

Escupía cuando hablaba, y la amabilidad que se había reflejado en su rostro el día anterior había desaparecido por completo.

—Esto me pertenece —continuó mientras gesticulaba con el brazo y señalaba la mochila que había fuera en el suelo—. Es mío y de Levi Hildonen. Atracamos la Joyería Monteoro juntos. Me llamó poco después de fugarse y acordamos reunirnos aquí. Me explicó que había escondido un plano y una llave de repuesto en la habitación donde se hospedó la última vez que estuvo aquí, en caso de que la policía lo atrapase y no llegase. Pero vosotros los encontrasteis antes que yo.

Cecilia permanecía con la boca abierta. Se le había caído el mentón sin darse cuenta. Su lengua permanecía inmóvil en la boca. Se le había enfriado la piel de la cara y tenía las manos sudorosas. El corazón le latía frenéticamente y la vista se le nublaba. Durante un breve instante había creído que estaban salvados, pero el hombre que acababa de aparecer no tenía ninguna intención de salvarlos.

—Eso también es mío —dijo el hombre señalando el Reloj maltés—. Dámelo.

Egon se agazapó en el suelo y le gruñó.

—Ven a cogerlo —le retó Une.

El hombre no parecía querer moverse del umbral. Si lo hacía, a uno de ellos al menos le podría dar tiempo a salir corriendo.

—Olvídalo —dijo el hombre retirándose—. Puedo volver a por él en un mes o un año. Todavía seguirá aquí. —Apoyó la mano en la pesada puerta y empujó lentamente para cerrarla—. Y vosotros también —añadió.

Entonces todo sucedió de golpe.

Cecilia contempló toda la escena como si se tratase de una

secuencia de fotogramas, como en una película antigua de dibujos animados. Egon se abalanzó sobre el hombre y chocó contra su pecho. Este retrocedió unos pasos titubeante y cayó al suelo. Intentó levantarse, pero Egon trató de morderle en la cara y se arrastró para alejarse del perro. Leo le dio un empujón por la espalda a Cecilia.

—¡Fuera de aquí! —gritó.

Cecilia reaccionó sin pensarlo. Logró salir del cuarto, pero se tropezó con las piernas del hombre que yacía en el suelo. Se golpeó la rodilla al caer y se le escapó la linterna, pero consiguió levantarse de nuevo y recuperarla. A continuación, echó a correr sin saber si iba en la dirección correcta. Comprobó que Leo también salía por patas, pero no llegó a ver si Une conseguía escapar. En cualquier caso, si tan solo uno de ellos era capaz de salir de allí, los tres estarían salvados.

Atravesó corriendo un pasillo oscuro. Escuchó gritar algo a Une a sus espaldas. Egon ladró arrebatado antes de soltar un fuerte gañido y que se hiciese el silencio. La voz de Une se escuchó entonces todavía más fuerte entre los muros de hormigón, pero murió con el ruido de una puerta de acero cerrándose de un portazo.

La luz de la linterna de Cecilia se fue haciendo más débil. Se apagó, pero volvió a encenderse. Siguió corriendo. Se resbaló con algo y cayó de cabeza, rodando por el suelo de hormigón, pero después se levantó y continuó. El pulso le latía en los oídos. Empezó a sudar, el sabor a sangre le llenó la boca. Sin embargo, corrió aún más deprisa hasta que tuvo que parar para orientarse. Escuchó ruidos procedentes de otro pasillo, pero era imposible saber de dónde provenían. La luz de la linterna se apagó de nuevo, aunque volvió a encenderse e iluminó débilmente. El frágil rayo de luz recorrió el espacio en el que se encontraba, pero no le sonaba. Era como un laberinto. Ya no sabía en qué dirección estaba la salida o qué camino conducía de vuelta al lugar de donde había venido.

Delante de ella aparecieron dos accesos. Optó por el de la izquierda. Cuando empezó a caminar, la luz de la linterna se apagó de nuevo y esta vez no volvió a encenderse. Quedó completamente a oscuras. De repente, una mano fuerte le cubrió la boca y la arrastró hacia atrás, haciendo que se adentrase aún más en la oscuridad.

CAPÍTULO 23
AIRE FRESCO

Cecilia pataleó y arañó como una posesa para intentar escapar. La persona que tenía detrás inclinó la cabeza hacia ella y le susurró al oído con voz ronca: —Tranquila. Estoy aquí para ayudaros.

En su voz había algo tranquilizador que la hizo quedarse quieta.

—Me llamo Frank Kobolt —explicó el hombre que la sujetaba—. Soy detective privado y me hospedo en la habitación 204.

A Cecilia le dio un vuelco el corazón. No sabía en quién podía confiar, pero si este hombre que había estado en la sala de desayunos leyendo periódicos viejos era un detective privado, entonces era posible que comenzase a comprender lo que podía haber ocurrido. Probablemente, trabajaba para los propietarios de Monteoro y su misión era encontrar el Reloj maltés y el resto de los objetos robados.

—Necesito que guardes silencio absoluto —continuó Frank Kobolt —. ¿Lo entiendes?

Cecilia asintió y el hombre la soltó.

—Silencio absoluto —repitió el detective privado.

No fue necesario que se lo pidiese otra vez. Escucharon pasos veloces que se acercaban y, poco después, el rayo de luz de una linterna danzó entre las paredes.

Frank Kobolt tiró de Cecilia hacia atrás. Estaba demasiado oscuro como para que Cecilia pudiese ver nada a su alrededor, pero se dio cuenta de que había un hueco en la pared. A medida que el hombre de la linterna fue acercándose, pudo intuir los contornos y comprendió que estaban escondidos en una hendidura lateral.

La luz de la linterna se hizo más intensa. En el instante en que el hombre pasó por delante del hueco, el detective le puso la zancadilla. El hombre se tropezó, pero pareció que conseguiría mantenerse en pie. Sin embargo, la pesada mochila que llevaba en la espalda hizo que cayese hacia delante. Frank Kobolt se abalanzó sobre él antes de que tuviese tiempo de reaccionar, le quitó con fuerza uno de los tirantes de la mochila y le retorció el brazo izquierdo por detrás de la espalda. El hombre gritó sin que al detective le importase. Le arrancó la mochila, tiró de su otro brazo y desenganchó unas esposas del cinturón que cerró alrededor de sus muñecas.

Cecilia recogió la linterna y le iluminó la cara. Había parecido tan amable cuando hablaba con Arturo en la jaula... Ahora descubrió algo en aquellos oscuros ojos sin fondo que se habían ocultado tras las

gafas de sol la primera vez que se encontraron con él. Centelleaban llenos de rabia e ira.

—Se llama Hans Andersen —le explicó el detective privado—. Pero se ha registrado en la pensión como Anders Hansen. Tanto yo como la policía sospechábamos que había participado en el atraco con Levi Hildonen, pero no teníamos pruebas. Hasta ahora.

Arrastró al hombre por el suelo hasta la habitación en la que se habían escondido y contra la pared. Luego abrió una de las esposas y la pasó por detrás de una tubería de acero antes de volver a colocársela al hombre.

—¿Qué es lo que ha ocurrido aquí en realidad?

Cecilia contó con frases breves lo que había sucedido.

—Enséñame el cuarto —le pidió dirigiéndose a la puerta, pero se detuvo y regresó hasta el hombre que yacía en el suelo. Le registró los bolsillos y encontró la llave del candado.

Dejaron la mochila llena de oro en el pasillo y fueron buscando a través del laberinto de habitaciones hasta llegar a la puerta cerrada.

—¡Une! —gritó Cecilia, y golpeó la puerta.

Esta respondió desde el interior.

—Estamos a salvo —explicó Cecilia mientras Frank Kobolt abría el candado.

Une estaba sentada en el suelo. Egon se encontraba tendido delante de ella y contemplaba el cuarto con sus grandes ojos negros y la mirada perdida. Su pecho ascendía y descendía pesadamente. En el suelo, tras ellos, yacía el hombre que los había encerrado la primera vez.

—De acuerdo —dijo Frank Kobolt cuando Cecilia terminó de explicar a Une quién era—. Ahora vamos a hacer lo siguiente: nos llevaremos el perro y dejaremos a este tipo aquí. —Señaló al hombre inconsciente en el suelo—. Luego saldremos y avisaremos a la policía.

Egon se levantó de un salto como si hubiese entendido lo que decía y quisiese salir de ahí cuanto antes también. Cecilia echó un vistazo al Reloj maltés que seguía sobre la mesa. Frank Kobolt asintió y ella lo recogió, asiéndolo fuertemente contra su pecho antes de que cerrasen la puerta y se marchasen.

Parecía que el detective privado sabía en qué dirección debían ir. Caminaba con pasos veloces y decididos mientras la luz de las linternas recorría las paredes oscuras. Al cabo de un rato, Cecilia comenzó a reconocer dónde estaba y llegaron a la habitación que tenía una escotilla y que llevaba al pasillo secreto.

Frank Kobolt dejó que Cecilia fuese primero y ayudó a Une con Egon. El corazón le latía con más fuerza por cada metro que avanzaba hacia la salida. Fuera había anochecido, pero, en cualquier caso, la noche veraniega parecía luminosa en comparación con la oscuridad

que reinaba dentro de los búnkeres.

Alguien gritó su nombre cuando emergió por encima de la roca que cubría el acceso. Alzó la cabeza y vio a Leo, a su padre y a varios adultos más arriba, en el borde del barranco. Edgar el cocinero también estaba allí, y el padre de Une y el conserje; e incluso Christian Lasson. Habían venido equipados con linternas y cuerdas.

Cecilia respondió a su llamada y respiró el aire fresco. Fue una sensación liberadora que la hizo temblar de alegría. Notó que rompía a llorar y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Luego alzó el Reloj maltés de forma triunfante sobre la cabeza.

CAPÍTULO 24
LA LLEGADA DE UNA NUEVA HUÉSPED

El reloj de la recepción sonó doce veces. Todos se habían reunido en el comedor, tanto los huéspedes como los empleados, así como varias personas más. Fuera se acercaba otro coche de policía. Sus luces azules se apagaron al alcanzar la pensión, pero continuó por el estrecho camino que conducía a los búnkeres.

El Reloj maltés estaba sobre una mesa con un mantel blanco en el centro del comedor. El relojero Aleksandersen estaba inclinado sobre él, con las manos a la espalda.

—Qué trabajo más magnífico —declaró, y echó un vistazo a Svanhild Fjell—. Qué bien que haya sido recuperado.

—La policía y yo sospechábamos que Hans Andersen había participado en el robo junto a Levi Hildonen —explicó Frank Kobolt —. Creíamos que se habían separado justo después del robo, y que la tarea de Levi era esconder los objetos robados, mientras Hans Andersen se deshacía del vehículo y del equipo que utilizaron.

—Qué maravilla —murmuró el relojero, y rodeó la mesa para estudiar el reloj desde otro ángulo—. Y que haya aparecido aquí.

—El que os encerró en el búnker estuvo en prisión con Levi Hildonen, y se escaparon al mismo tiempo —continuó el detective privado—. Levi le había contado suficientes cosas sobre la Bahía de los Veleros como para que se diese cuenta de que el Reloj maltés debía estar escondido por aquí en alguna parte, pero no comprendió dónde exactamente. No hasta que vosotros comenzasteis a seguirle el rastro.

Alan abrazó a Cecilia con fuerza mientras escuchaban la explicación del detective privado.

—Tuve mucho miedo de perderte —le susurró—. De perderte a ti también.

Cecilia miró a Christian Lasson. Él asintió, se dio la vuelta y se marchó.

—Cuando Levi Hildonen se escapó de la cárcel, supusimos que vendría por aquí —continuó el detective—. Lo hemos visto antes en otros casos. Los presos fugados suelen regresar a casa.

Muchos de los presentes tenían preguntas, tanto para Cecilia, Leo y Une como para el detective privado.

—¿Qué pasa con la recompensa? —preguntó alguien finalmente.

La pregunta venía del Viejo Tim. Estaba algo apartado de los demás,

pero su profunda voz retumbó en la sala.

—La pagaremos con gusto —le aseguró Svanhild Fjell—. A Cecilia, Une y Leo.

—Y a Egon —añadió Leo, que se agachó para acariciar a su salvador en el búnker.

Egon respondió dándole un lametazo en la oreja, la mejor señal de que estaba en buena forma después de haber recibido una patada.

Cecilia lanzaba miradas impacientes hacia la puerta constantemente. Por fin, Christian Lasson apareció de nuevo. El silencio se cernió sobre la sala cuando entró con un enorme paquete plano entre las manos. Estaba cubierto con una sábana blanca y apenas era capaz de cargar con él. Cecilia se acercó para ayudarlo.

—Papá —dijo.

Su padre la miró, interrogante.

—Ella quería que se colgase aquí —dijo Christian Lasson, y señaló la pared tras ellos.

Su padre abrió la boca para preguntar algo, pero no le dio tiempo. Cecilia retiró la sábana blanca y dejó al descubierto el cuadro de su madre.

Todos los reunidos soltaron un gritito ahogado.

El cuadro era muy realista. Casi parecía como si su madre se encontrase en el centro de la habitación. Cecilia pensó que era prácticamente como traer el pasado de vuelta. Vio como los músculos en el cuello de su padre se tensaban. Este tragó saliva y a duras penas logró pronunciar algunas palabras imposibles de entender. Varias personas murmuraron lo hermosa que había sido su mujer.

—Y qué medallón más bonito lleva —comentó Svanhild Fjell—. Un medallón Colding con un ángel y un niño.

El emotivo momento fue interrumpido por unos timbrazos coléricos procedentes del timbre de la recepción. Delante del mostrador había una mujer con un abrigo claro y sombrero.

—¿Quién es? —preguntó Leo.

El padre de Cecilia se aclaró la voz.

—Estamos esperando a otro huésped —dijo dirigiéndose a la puerta —. La señora Ankerholt. Se ha alojado aquí antes y llamó para avisar de que llegaría tarde.

—Yo le puedo dar la llave —dijo Leo, y dejó que Cecilia y su padre se quedasen con el cuadro.

—La habitación 209 —dijo su padre agradecido, y se giró nuevamente hacia el retrato. Colocó una mano sobre el lienzo y acarició el vívido cabello de su esposa.

—Ella quería que fuese una sorpresa —le explicó Christian Lasson.

Su padre asintió y siguió escuchando a Lasson, que comenzó a

hablar de las horas en las que la madre de Cecilia había posado. Cecilia echó un vistazo a la recepción. Leo le entregó la llave a la nueva huésped. Al mismo tiempo, le pareció ver que la tez de Leo mudaba de color y se quedaba completamente pálido, como si hubiese visto un fantasma.

La nueva huésped cogió su maleta y se dirigió a las escaleras mientras Leo se quedaba contemplando cómo se alejaba. Cecilia se abrió paso entre todos los que se encontraban admirando el cuadro de su madre y se unió a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Esa mujer —explicó—. Llevaba puesto el medallón de tu madre.

AGUSTÍN DE HIPONA

¿Qué es el tiempo?

Esta pregunta ha fascinado a los filósofos y científicos durante miles de años, pero nadie ha conseguido dar una respuesta definitiva.

Aquel que quizá lo haya definido mejor es el filósofo San Agustín: *¿Qué es el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé. Pero si alguien me lo pregunta, no lo sé*. Todos sabemos lo que es el tiempo, pero resulta difícil explicarlo. Y cuanto más lo pensamos, más complicado resulta. Es casi como si se tratase de algo que supera nuestra capacidad de comprensión.

San Agustín fue obispo en una ciudad que en la antigüedad se llamaba Hipona y que, actualmente, se llama Annaba y se encuentra en el país africano de Argelia. A menudo se lo conoció solo por Agustín de Hipona. También fue un filósofo pesimista que pensaba que los seres humanos no eran capaces de desear «el bien», y que solo el amor de Dios era el único que podía de despertar el deseo y la facultad de las personas de hacer «el bien». Pero, además de a estos pensamientos, dedicó gran parte de su vida a estudiar el tiempo. Como muchos otros filósofos, pensaba que el concepto del tiempo está relacionado con el concepto del espacio; el espacio por el que nos movemos. Es decir, las distancias, porque el tiempo se puede medir a partir de lo que dura el desplazamiento de un lugar a otro. También creía que el tiempo había aparecido como una parte del universo hacía unos catorce mil millones de años, pero, a diferencia del espacio, uno no puede desplazarse libremente en el tiempo, sino que está obligado a seguir la «corriente» del tiempo e ir hacia delante.

A pesar de todos los avances científicos que se han realizado desde que Aurelius Augustinus vivió hace casi dos mil años, el tiempo continúa siendo un misterio.

© *Anton Soggiu*

JØRN LIER HORST vive en Stavern con su mujer y sus dos hijos. Después de estudiar Psicología, Filosofía y Criminología, trabajó como inspector jefe en la comisaría de Larvik. Tras convertir los crímenes y misterios en su día a día durante años, pasó a dedicarse a la escritura.

Además de sus novelas para adultos, es autor de las series *Clue* y *Agencia de Detectives Núm. 2*.

«Uno de los mejores escritores de crimen nórdicos.»
The Times

«Una magnífica manera de introducir a los jóvenes en el *noir* con una de las voces más actuales del género.»
La Vanguardia

«Empuja a los niños y niñas a una frenética lectura para descubrir un desenlace que solo es el principio de una serie llamada a perdurar en el tiempo.»
El País

«Una primera toma de contacto con la novela negra y de detectives.»
Anika entre libros

«*El misterio de la salamandra* [...] ha gustado muchísimo.»
Gloria Fuertes, librera, para *La Voz de Galicia*

«Sus personajes bien construidos y el pulso de su trama hacen que el lector no pueda dejar de leer hasta la resolución del enigma.»
Mariola Campo, librera, para *El País*

Diseño de cubierta: Katarzyna Grabowska
Diseño de interior y maquetación: Endoradisseny

Título original: *Clue. Maltesergåten*
Esta obra ha sido contratada a través de Salomonsson Agency.

Edición en formato digital: junio de 2022

© 2012, Jørn Lier Horst, por el texto
© 2022, Bente Teigen Gundersen y Mónica Sainz Serrano, por la traducción
Esta traducción ha sido publicada con la ayuda de NORLA, Norwegian Literature Abroad.

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012
Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Avda. Riera de Cassoles, 20 3.º B, 08012, de Barcelona. (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-19004-71-0

Conversión a formato digital: www.acatia.es
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos